El

Rufian Castrucho

Lope Vega

EL

RUFIAN CASTRUCHO.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

DE

LOPE DE VEGA CARPIO.



MADRID.

Librerías: de don José Alegría, calle de Carretas, 8;
de Dennè, calle de Jardines, 17.
1837.

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
D. [illegible]
D. [illegible]
D. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

PERSONAS.

D. RAMIRO, *jeneral del ejército.*
D. RODRIGO, *maese de campo.*
BRISENA, *con el traje de paje y nombre de* ESCOBARDILLO.
FORTUNA, *dama de*
CASTRUCHO, *rufian*
LUCRECIA, *disfrazada con el traje y nombre de* BELTRANICO.
D. HECTOR, *capitan.*
D. JORJE, *alferez.*
D. ÁLVARO, *sarjento.*
TEODORA, *alcahüeta.*
CAMILO, *asistente de don Jorje.*
BELARDO. } *asistentes de don Hector.*
PRADELO. }
MENDOZA. } *soldados.*
GUZMAN. }
UN PAJE *de don Ramiro.*

La escena es en Nápoles.

ACTO PIMERO.

CASA DEL ALFEREZ DON ALVARO.

ESCENA PRIMERA.

Don ALVARO y don JORJE.

D. ALVARO.

Víla señor don Jorje en una quinta,
donde fuera del campo está alojada,
mas hermosa que el sol, cuando nos pinta
el alba de colores matizada:
una encarnada y venturosa cinta,
que á la mejilla hermosa y encarnada
hurtó el color, ceñida por su frente,
á imitacion del arrebol de Oriente.
Los ojos, yo no sé que fuesen ojos,
estrellas sí, ni aun pienso yo que estrellas,
que quien al sol quitó sus rayos rojos
despreciará, comparacion, con ellas:
decir yo, que mi alma por despojos,
ceniza el corazon de sus centellas
llenaron, y quedo, será un lenguaje
tan ordinario, que su cielo ultraje.
Suspendíme, lleveme, quedé muerto,
viví, torné á morir, estoi sin alma,
ya con bonanza voi seguro al puerto,
ya me detiene la esperanza en calma:
alegre y triste estoi, dudoso, y cierto,
mil esperanzas ya me dan la palma,
mil miedos me la quitan, y sin celos,
de celos muero, y quéjome á los cielos.

D. Jorje.

Por Dios señor sarjento, que no hubiera
pintado algun poeta en diez canciones,
cuando á su dama dilatar quisiera
del estrellado Plaustro á los Triones,
tambien su perfeccion, aunque estuviera
tres meses castigando sus borrones,
y que de solo oiros vuestro cuento
me habeis enamorado el pensamiento.
En efecto la dama es forastera,
que digo forastera, es castellana,
que aqui en el campo nuestro, y donde quiera
se lleva como Venus la manzana,
dichoso habeis andado, y de manera,
que ya la envidia fiera, é inhumana,
os sigue, por los pasos que habeis dado;
pero teneis don Álvaro mi lado.
Mirad si de mis prendas y vestidos
hallais alguna cosa que ofrecella,
sean esos baules descojidos,
que alguna gala habrá que guste de ella,
mis criados tendreis apercibidos
para servilla, para andar con ella,
mi alojamiento siempre estará á punto,
que con su dueño os sirva todo junto.

D. Alvaro,

Beso señor alferez vuestras manos,
que basta ser los dos de una vandera,
y casi de una tierra, y castellanos,
para hacerme merced de esta manera,
que de vuestros respectos cortesanos,
no menos liberal valor se espera,
y mayormente para mi, que he sido
yedra, que en vuestros muros he crecido.
El dia que yo ví, volviendo al cuento,
esta dama jentil, esta hermosura,
vi detras de ella un negro paramento,
y una fantasma de la noche obscura,

una vieja, señor, bebiendo el viento,
que cual suele la sombra en la pintura,
parecia detras del anjel bello,
junto al realce, y luces del cabello,
ví mal agüero en ella.

D. Jorje.

¿Y hálo sido?

D. Alvaro.

Y como si lo fué, porque es la hembra
de mayor interés, que ha producido
el mas villano que la tierra siembra,
no hai pez, á penas en la red caido,
cuando parte por parte lo desmiembra,
sacándole el dinero con los sesos
de la menor médula de sus huesos.
Tiene unos ojos vivos, que parece,
que como dos lancetas los aguza,
de dia duerme, en viendo que anochece
sale como murciélago, ó lechuza:
no que á maitines con los frailes rece,
porque entre doce y once ronda, y cruza
los cuerpos del real, á donde habia
los cuerpos del motin del otro dia.
Flacas las dos inútiles quijadas,
desgarrados los labios de la boca:
altas las negras cejas, y tiznadas,
y en ellas una reverenda toca,
las manos de raices, y doradas,
del oro y plata que recibe y toca,
los pechos hasta el vientre, que hai en ellos
para cuatro corcobas de camellos.
Quien no la vé aldeando por la calle,
no ha visto posta, ni serpiente ha visto,
cuando la cola aciertan á pisalle,
como aquesta tercera de Calisto:
sustenta en fin su envejecido talle.
con almidon, sustancias, farro y pisto,
y á mi costa tambien parte sustenta,

que como el cardo, y pago la pimienta.
Una merced quisiera suplicaros,
pero por Dios, señor, que no me atrevo,
porque.....

D. Jorje.

No mas que en todo el obligaros
es lo que siempre á los amigos debo,
decid luego lo que es.

D. Alvaro.

Temo enojaros,

D. Jorje.

Antes agora me enojais de nuevo,
porque habeis de obligarme con mandarme.

D. Alvaro.

Vuestro valor me obliga á aventurarme.
Aquel vestido con que el otro dia,
de nuestro emperador en la presencia
metistes en vuestra guarda y compañia,
la llevaré como me deis licencia,
que me ha pedído alguna gala mia
para cierto disfraz, ó impertinencia,
y hanme dejado un onza, y don Onofre,
vacio de ropa, y lleno de aire el cofre.
Perdí las dos sortijas de la rifa,
la cadena perdí, perdí los ojos
con aquel alcorzado, que engrifa
copete y barba, y mira con antojos.

D. Jorje.

Quien con aquese mal trapillo rifa
merece tales pérdidas, y enojos,
pésame por mi fé, que hayais perdido,
mas quiero hacer que os traígan el vestido.
¡Ola Camilo! ¡he Camilo!

ESCENA II.

Dichos, y Camilo

Camilo.

Alli estaba, señor ¿qué me mandas?

D. Jorje.

¿Donde estabas?

Camilo.

Aqui con dos soldados.

D. Jorje.

Siempre una legua á mis espaldas anda
entre mil bagajeros y criados:
el vestido de tela, el de las randas,
ya entiendes cual.

Camilo.

Ya entiendo.

D. Jorje.

Asi doblados
calzones y ropilla saca luego,

D. Alvaro.

¿Y el capote y sombrero?

D. Jorje.

Nada os niego.
Dale sombrero, plumas, y capote.

Camilo.

¿Con las piezas?

D. Jorje,

Con todo. Mal criado,
que ayer era este bárbaro un quillote,
y ya se iguala con cualquiera soldado.

Camilo.

¡Qué liberal se muestra el marquesote!

D. Alvaro.

Allá tengo mi paje embarazado,
con el vuestro me iré porque le llev

D. Jorje.

Vaya en buen hora, que eso y mas os d

D. Alvaro.

Besoos las manos.

D. Jorje.

Yo las vuestras; mir
Camilo que te buelvas al momento.

D. Alvaro.

¡Qué gran nobleza! vive Dios que admira

Camilo.

Huelgo servir á mi señor sargento.

ESCENA III.

D. Jorje, solo.

O vano amor, á cuyo cielo aspira,
el juvenil ardiente pensamiento.
Cual llevas el cerebro de este mozo,
pobre de seso, y rico de su gozo.
Será si viene á mano, esta señora,
alguna Ninfa de color quebrado,
que me deje en el término de un hora
de humor el vestidillo inficionado;
ó cuerpo de la pobre pecadora,
que el alma de don Alvaro has robado,
tratame bien, si pueden oraciones,
las inocentes calzas que te pones.
Mi capitan es aquel, quiérole llegar á habla

ESCENA IV.

JORJE, D. HECTOR, PRADELO y BELARDO, soldados.

D. HECTOR.

Basta que el siete y llevar
me ha hecho tiro cruel.
Quédose alla la cadena.

D. JORJE.

¡O mi señor capitan!
¿donde bueno?

D. HECTOR.

Hácia san Juan.

D. JORJE.

¿Qué lleva?

D. HECTOR.

Un poco de pena,
y quiero me la pasar
oyendo una misa alli,
¿que dije? no estoi en mi:
digo que voi á rezar,
porque ya casi anochece,
!cuanto la cólera ciega!

D. JORJE.

¿Cómo el capitan me niega
lo que de nuevo se ofrece?

BELARDO.

Ha perdido mil ducados,
y un trencellin de diamantes.

D. JORJE.

En refriegas semejantes
tiene tres tantos ganados.
¿De que se congoja?

BELARDO.

Ha perdido con un hombre,
que á veces de oir su nombre
se encoleriza y azora.

D. JORJE.

¿No iriamos por aí
á divertirnos un rato?

D. HECTOR.

¿Qué os ha dado de barato?

PRADELO.

Cuatro reales me dío á mi.

D. JORJE.

Mirad con que sale agora.

D. HECTOR.

¿Y á tí qué te dió?

BELARDO.

Un real,
y no la ha hecho mui mal,
que apostare que le llora.

D. HECTOR.

¿Donde solo habia escudos
halló real que te dar?

BELARDO.

¿Cuando le suelen faltar
dos doblones de menudos?
que siempre por si ganare
trae las dos faltriqueras.
llenas de veinte maneras
de menudillos que pare,
con aquestos de barato
el gallado fanfarron
ganando tanto doblon.

D. HECTOR.

Vamos á la plaza un rato.

D. JORJE.

Ya es tarde para la plaza;
y mucho mejor iremos

á parte donde podremos
levantar alguna caza,
que para el juego amor ciego,
es la triaca mejor,
como tambien para amor
es la ceguedad del juego.

D. Hector.

¿Hai alguna novedad?

D. Jorje.

Una mozuela Romana,
hizo ayer tarde ventana,
y por la noche amistad.
Vuestra merced la verá,
que si como el precio fuera,
á la Troyana venciera,
y á Venus.

D. Hector

¿A cómo va?

D. Jorje

A doscientos españoles.

D. Hector.

¿Reáles?

D. Jorje.

Escudos digo,
y en Roma á probar me obligo,
que vendía caracoles.

D. Hector.

¿Qué caras que se nos venden?

D. Jorje.

Aun ya si tuvieran caras,
pudieran venderse caras:
caras, sin caras ofenden.

D. Hector.

¿Estase la Milanesa
junto al muro?

D. Jorje.

Alla se está:

que por el se arrima ya,
de flaca que se confiesa.
Doña Juanilla está loca
de que vino el capitan.

D. Hector.

Esa es jentil piedra iman,
que se lleva lo que topa.
Gran cuartera es Magdalena,
su hermana.

D. Jorje.

Grande por Dios.

D. Hegtor.

Ayer sesteo con dos.

D. Jorje.

¡O qué matraca!

D. Hector

Y que buena:
pero ya la tiene acuestas.

D. Jorje.

Cuando?

D. Hector.

Anoche la llevó,
aunque hoi se me quejó,
y le hace grandes fiestas.
Tarde és, cenaréis conmigo,
por que despues de cenar
nos vamos á pasear,
ó á jugar con don Rodrigo.
Pradelo vete adelante,
y diras que á punto esten.

Pradelo.

¿Y vendré avisarte?

D. Hector.

Ven.

Pradelo.

¿Donde?

D. Hector.

En casa de Violante.

ESCENA V.

SALA DE CASA DE TEODORA.

FORTUNA Y TEODORA.

TEODORA.

Hija, si de los viejos
no tomais las costumbres que os enseñan
sus dichos y consejos,
y tan lijeramente se desdeñan
de vuestros pocos años,
que tarde lloraréis mis desengaños.
Que si cuando el tesoro,
de ese cabello rubio convirtiere
en blanca plata el oro,
y en plata falsa, que ninguno quiere
aun dar por ella cobre,
por necedad, y hacienda que le sobre.
Y si cuando las rosas
de esos graciosos labios, y mejillas
gorditas y lustrosas,
se vieren como aquestas amarillas,
y los ojos hundidos,
detras de las narices consumidos.
Y si cuando los dientes,
haciendo fueren horcas en la boca,
ó cual ojos de puentes
se viere la igualdad que agora apoca
las perlas ensartadas,
entre esos dos corales engastadas.
¿Quereis hallar contentos,
queréis hallar amigos que os regalen,
y que beban los vientos,
porque con ellos su esperanza igualen:
y no la hallando abierta,
que os bañen de sus lágrimas la puerta?
Engañase bobilla,

engañase bobaza bobarrona,
flaquilla, lloroncilla
que luego se amartela y apasiona,
¡ha mal haya un azote!

FORTUNA.

Madre no se congoje ni alborote,
no tome pesadumbre.

TEODORA,

Si quiero, y tú lo quieres desdichada,
que aquesa ardiente lumbre
de blanca cera, y juventud dorada,
hasta el pábilo quemas,
y sin que el soplo de la muerte temas.

FORTUNA.

¿Ya hablamos de la muerte?

TEODORA.

Qué cosa es esta, que una moza hermosa,
sana, gallarda y fuerte,
á conquistar el mundo, poderosa,
pérdida siga á un hombre,
qué....

FORTUNA.

¿Qué tiene?

TEODORA.

¿Qué? aun quiere que le nombre.
Es un pícaro, un feo,
un público rufian, que te ha traido
á Italia, con deseo
de comerte las carnes y el vestido,
que apenas tienes prenda,
que no la coma, juegue, empeñe, ó venda.
¿Aque piensas que viene
¿al ejército agora este bellaco?
por codicia que tiene
de hacerte rica en el primer saco?
¡ai que mal que lo entiendes!
que solo aguarda y cobra lo que vendes.
Tú aguardarás cuitada

que sobre desnudarte llegue el dia,
que alguna cuchillada
medida por los puntos de la mía
te calze en esa cara,
por lo menos Fortuna media vara.
¿Aguardas que te hiera?
¿aguardas que te mate, y que se acoja?

FORTUNA.

Madre, si yo pudiera,
¡válgame Dios! que sin razon se enoja,
¿dígame como puedo
huir de este hombre?

TEODORA.

Desechando el miedo.
Juntos estan agora
en aquestas villetas alojados:
de jente vencedora,
mil capitanes, quince mil soldados,
y al primero que hables
hará en tu nombre hazañas memorables;
que eres un anjelito,
estas en tierra, que una castellana
vale precio infinito,
y no habrá capitan que cosa es llana,
que cual Leandro, en esto,
no rompa el mar hasta llegar al sesto.
Hárele, si tu quieres
matar á palos, y hacer cuartos luego,
que no hai por que te alteres,
san Anton se le coma de mal fuego,
¡Ai! muchacha muchacha:
todas las mas, teneis aquesa tacha.
Amais lo aborrecible,
lo amable aborreceis, lo provechoso
decis que es insufrible,
buscais lo feo, desdeñais lo hermoso,
¿qué? son vuestros deseos?

¿qué diablos os hallais en esos feos?
Mas hai amigas mias,
estas cañas de azucar os destruyen,
porque de las bacias,
¿cuales son las valientes que no huyen?
peregrino secreto,
pocas veces hallado en el discreto.

ESCENA VI.

Dichas y Camilo, con el vestido.

Fortuna.

Aqui sube un hombre madre.

Teodora.

¡Ai desdichada, si es él!
finjir quiero un mal de madre,
que no has de salir con él
por el siglo de mi padre.

Camilo.

Tengo licencia de entrar,
señora, que os vengo á hablar
de parte de un caballero.

Fortuna.

Entrad señor, que no os quiero
oido, y puerta negar.

Camilo.

El sarjento me pidió
que os trajese este vestido.

Fortuna.

¿No sois su criado?

Camilo.

No.

Fortuna.

¿Pues de quién?

CAMILO.

De otro he sido,
que el vestido le prestó.

TEODORA.

A fe que sois declarado,
ó no venis avisado.

CAMILO.

¿ Qué me habian de avisar ?

TEODORA.

Que supierades callar
que era el vestido prestado:
mas yo ya entiendo la flor,
por no le dar, como es bueno,
quiere finjir el señor,
que es ajeno, y si es ajeno,
decid que pierda el temor,
que se guardará mui bien,
y se volverá tambien.

CAMILO.

Pésame por Dios, señora,
que en esa opinion agora
con nuestro sarjento esten.
Porque vive Dios que ha sido
del alferez mi señor,
y aun es agora el vestido:
que el sarjento os tiene amor,
mas ha jugado y perdido.
Esotro está de ganancia,
que es un hombre de importancia:
don Jorje, tiene por nombre,
que es el mas liberal hombre
que hai desde España hasta Francia.
Tiene joyas y cadenas,
telas, cortes, y jubones,
sortijas, las manos llenas,
tiene mui pocas razones,
pero las obras mui buenas.

Ayer me dió de barato
por solo miralle un rato,
tres doblones, y un sombrero,
con unas vueltas de acero,
y un camafeo retrato.
Mirad ese vestidillo,
y pues es de lo que empresta,
conoced el hombrecillo.

FORTUNA.

No he visto labor como esta:
de velle me maravillo.

TEODORA.

¡Ai hija! que ricas cosas,
por cierto linda labor,
guarnicion rica y hermosa,
que galan es, ha señor
bobillo.

CAMILO.

¡O vieja raposa,
como se viene al dinero!

TEODORA.

Dime ¿y ese caballero
sirve alguna dama aqui?
¿está enamorado?

CAMILO.

Si.

TEODORA.

¿De quién?

CAMILO.

Decirtelo quiero.
De una mujer que en Milan
le trujo cierto truhan,
que despues que no la vé,
no la hai que gusto le dé
de mil que en el campo hai.
Aunque si os viese á vos,

no hai duda que le tuviese,
porque yo prometo á Dios,
que mas que un ciento os valiese
de estos doblones de á dos.
Que teneis una carilla
tan hermosa, y tan gordilla,
que á mí con ser un probrete,
hasta el alma se me mete,
y el corazon me aportilla:
y á fe que gaste con vos
mis tres escudos de paga
mejor que entrambos á dos.

TEODORA.

Ai amigo, que se estraga,
y es malo para la tos.
Pero ven acá gallito,
barbirrubio, mozalvito,
¿en mí no podrás tener
cuatro ratos de placer?

CAMILO.

¡Ó muerte del apetito!
Si me prestases la salsa,
de tu hija hermosa y bella,
haciendo una sombra falsa,
aun pudiera entrar con ella
sin ahogarme en tu balsa.
¿Mas cómo de otra manera?
¿qué cien azotes? ¿qué palos?

TEODORA.

Anda necio, considera,
que saben nuestros regalos
hacer los diamantes cera.
Y es malo comer manido,
como el príncipe, y el rei
es de las aves servido.

CAMILO.

No comprende aquesa lei

á las aves de Cupido,
que es carne que no se cuece,
y cuanto mas tiesa, ofrece
mas sabroso gusto al gusto.

FORTUNA.

¿ No es necio ?

CAMILO.

A lo menos gusto,
de aquello que me parece.

TEODORA.

Ea, ya, abracemonos,
que yo apuesto que se haga
algun hijo entre los dos.

CAMILO.

¡ Ai amiga! que se estraga
y es malo para la tos.

TEODORA.

Tomad si sabe pagarse.

FORTUNA.

Madre deje de burlarse,
y sepa su alojamiento.

TEODORA.

No te entienda el pensamiento,
calla, que el vendrá á enredarse.
Yo sé que ya está la liga
en parte que poco á poco
se enreda, prende, y enliga;
¿ á donde te alojas, loco ?

CAMILO.

En la calle nueva amiga.

TEODORA.

Don Jorje digo.

CAMILO.

Tambien.

FORTUNA.

Madre este vestido ten,
llévale adentro, y el paje,
al punto de aqui se abaje,
que viene acá arriba.

CAMILO.

¿Quién?

TEODORA.

Muestra, esconderele presto.

CAMILO.

¿Es el sarjento?

FORTUNA.

Si el fuera,
¿qué se aventuraba en esto?

CAMILO.

A Dios.

ESCENA VII.

FORTUNA, sola.

Bajad la escalera:
descolorida me he puesto.
Cuando triste, querrá el cielo,
que salga mi corazon
de sobresalto y recelo,
y del poder de un leon,
mi pecho de nieve y yelo.
Si ha visto el paje salir,
ó si le encuentra al subir,
á fe que el vestido pobre
nunca su dueño le cobre,
ni se le vuelva á vestir.

ESCENA VIII.

FORTUNA y CASTRUCHO con bizarro calzon y coleto, un sombrero de ala grande, capotillo corto, y espada en mano.

FORTUNA.

¡Ó mi bien! bien seas venido,
¿qué traes? llégate acá,
por mi vida, ¿qué has habido?
que me parece que está
tu rostro descolorido.
¿Quién te ha dado pesadumbre?
¿quién entristece la lumbre
de los ojos de mi cara?
¿perdiste?

CASTRUCHO.

¿No es cosa clara,
y de mis manos costumbre?
Eso preguntas Fortuna,
pese aquella de tu nombre,
aunque con serme importuna
por tu respeto me asombre,
decille blasfemia alguna.
Llégueme al cuerpo de guarda,
donde el mio despoje
en una gresca gallarda,
la cadenilla dejé
revuelta en la banda parda.
Y dejara el asadura,
que me dejó la ventura
cual me venga la salud.

FORTUNA.

Con jentil solicitud (Aparte).
nuestro remedio procura.
La cadena me ha jugado.

CASTRUCHO.

¿Qué murmuras entre dientes?

FORTUNA.

Digo que eres desdichado.

CASTRUCHO.

Cosa, que los inocentes
paguen la vuelta del dado.
Y si empiezo, vive Dios
de no dejartc, ni aun dos
en esa boca parlera,
¿donde está aquella hechieera?

FORTUNA.

Malos años para vos. (Ap.)
Guisándote de cenar
debe de andar; ¿qué la quieres?

CASTRUCHO.

Pues bien la puedes llamar,
porque hasta los alfileres
pienso esta noche jugar,
vuesamerced adivine,
que estoi picado, camine,
sáqueme cuanto tuviere,
si á espaldarazos no quiere
que la tulla y arruine.
¿Que me mira relamida?
camine, pesia á Mahoma,
que ¿no quiere andar? por vida...

FORTUNA.

No me pique.

CASTRUCHO.

Que la coma
y entre los dientes divida.

ESCENA IX.

Los mismos y TEODORA.

TEODORA.

¿Qué es esto hijo? deten
el brazo y cólera fiera,
cuanto pidieres te den:
no ofendas de esa manera
los ojos que quieres bien.

CASTRUCHO.

Desviese allá.

TEODORA.

¿Conmigo?
¿pues en qué te ofendo, amigo?

CASTRUCHO.

Pero diga en que me agrada:
hágase allá, vieja honrada,
que la pasaré el ombligo.

TEODORA.

¡Válgame Dios! ! no es posible
sino que has perdido.

CASTRUCHO.

Bueno:
¿no sabe que es imposible
dorarme á mi su veneno
con ese rostro apacible?
El barbero, aguja, é hilo
la esperan por un estilo,
sino hace luego alarde
de la venta desta tarde:
¿de que lloras cocodrilo?
Ea, pesia á mi linaje
venga de aquello que trujo
debajo del brazo el paje.

TEODORA.

Ai que gracioso dibujo,
si fuera punta y encaje.
Venia á saber la hora
en que el sarjento pudiese
ver estos ojos que adora,
mas no que nada trujese,
por vida de Teodora.

CASTRUCHO.

Tengo de hacer un guisado
de su corazon picado,
para que esta noche cene:
¿cómo no habla? ¿que tiene,
anjelito almacigado?

FORTUNA.

Escucho las sinrazones,
con que ya tan sinrazon
Castrucho, en eso te pones,
¿quién te ha hecho fanfarron
todo fieros y razones?
¿soi yo por dicha tu esclava?
¿esto es lo que me juraba
esa tu lengua enemiga?

TEODORA.

Tiene razon.

CASTRUCHO.

¿En qué, diga?,
quinta abuela de la Cava,
venga lo que digo luego,
ó pondré fuego á la casa,
porque la abrase otro fuego,
que ya yo sé que se abrasa
como yo lo estoi del juego.

TEODORA.

¿Qué te han de dar?

CASTRECHO.

Treinta escudos.

TEODORA.

Tomáralos en menudos.

CASTRUCHO.

¡Menudos corre la tienda,
miren aqui y que hacienda
para renta de cornudos!

TEODORA.

Aquesa bolsa los tiene:
toma, y al primer azar,
haz que en otra cante y suene.

CASTRUCHO.

Pues mas que esto me ha de dar
por que hoi es fiesta solemne.
Venga del oro guardado.

TEODORA.

¿Qué oro? desvergonzado,
basta que te tiene necia
por tesoro de Venecia.

CASTRUCHO.

¿Qué aun tienes lengua pescado? (*)
Aguarde un poco la vieja
que yo la asentaré un chirlo,
que cruce de oreja á oreja.

FORTUNA.

Tente por Dios,

CASTRUCHO.

¿Y á impedirlo,
te vienes tu, mansa oveja?
Desvíate

TEODORA.

Tenle hija,
abre el escritorio, y dale
aquella negra sortija.

CASTRUCHO.

Agradeced de que os vale
quien os ampara y cobija.

(*) Mete mano á la daga.

ESCENA. X.

Los precedentes don Hector don Jorje y Camilo.

D. Hector.

El ruido nos ha dado,
señora, ocasion de entrar:
perdonad si hemos errado.

Fortuna.

Con todo entrar sin llamar
pudiera estar escusado.

D. Hector.

Aqueso juzgais á mal
en aquesta ocasion tal,
¿ quién es este hombre que agora,
os quiso matar, señora?

Castrucho.

Soi un su hermano carnal.

D. Hector.

Por cierto asi lo parece,
¿ es soldado?

Castrucho.

Si lo soi.

D. Hector.

¿ Donde ?

Castrucho.

Donde se me ofrece,
que para treinta años voi,
y he servido desde trece.
Sobre Roma con Borbon
me hallé en aquella ocasion,
y en sant Anjel con el Papa
sobre quitar de la capa
á Godofre de Bullon.
Tambien he sido estudiante
astrónomo y quiromante,

deme esa mano y verá
los años que vivirá,
el que lo puede mediante.

D. Jorje.

Oiga, que es gracioso humor
por mi vida ¿es vuestro hermano?

Teodora.

Por tal le tengo, señor.

Castrucho.

Ya para probar la mano
da voces el atambor.
Aparéjeme la cena,
y quédense en hora buena,
que llevo treinta del pico,
y á detenerse tantico,
llevará alguna cadena.

D. Jorje.

Venid acá por mi vida;
jugad esto por los dos.

Castrucho.

Tanto se os alargue, y mida,
rogárelo siempre á Dios,
por la merced recibida.
Por el menor eslabon,
os hecho una bendicion,
y vos á mis dos cadenas,
si hago dos manos buenas
mando á mi hermana un jubon,
que ha dias que lo merece:
á Dios, á Dios.

ESCENA XI.

Dichos, menos Castrucho.

D. Hector.
¡Bravo humor!

D. Jorje.
Gran bellaco me parece:
¿quereis hacerme un favor?

Fortuna.
¿Qué servicio se os ofrece?

D. Jorje.
Es sin falta vuestro tio.

Fortuna.
Sin duda, señor, lo es mío,
y de mi madre hermano.

D. Hector.
Por verle alzada la mano
lo tengo por desvario.
Ea, por mi fé, señora,
mira que teneis aqui
tan buenos brazos agora,
que podeis fiar de mí,
que no viva el hombre un hora.
Si es acaso espadachin
de estos que viven en fin
sin otra renta y caudal,
no es justo que os trate mal,
y goce este serafin.

D. Jorje.
Lo que el señor capitan
ha dicho debe de ser;
¿de que dudosas estan?

FORTUNA.

Quisiérale responder
mas temo lo que dirán. (A Teodora.)

TEODORA.

¿ Qué temes viendo ocasion (A Fortuna.)
para que aqueste ladron,
nos deje vivir en paz?
de estos cualquiera es capaz
para dalle un espeton.

FORTUNA.

Madre temo aquel bellaco,
que sino yo lo dijera.

TEODORA.

Anima ese pecho flaco,
que honra y provecho mal fuera
que cupieran en un saco.
Y sino: déjame á mi,
que yo hablaré por tí.
¿ Hame aqueste de matar?
¿ quieres por dicha quedar
sin mi amparo, y sola aqui?

FORTUNA.

No llores madre, no llores,
demos al temor remate,
que vivo entre mil temores,
muera porque no te mate
este laurel de habladores.
Mas preguntales primero,
que hombres son.

TEODORA.

Aqueso quiero,
eso pido y no haya enojos:
lograda te vean mis ojos,
y libre de aqueste fiero.

D. HECTOR.

¿ Hánse concertado ya?

TEODORA.

Sí, ¿quién son vuesas mercedes?

D. HECTOR.

El alferez lo dirá.

D. JORJE.

Mi capitan es, bien puedes
hablar á donde el está.
Que debajo de su pié
está cuanto aqui se vé,
y el encima de la luna,
don Hector es, el de Osuna,
que primo del duque fué.

TEODORA.

Conozco vuestro valor,
y bastaba solo el veros,
para saberlo, señor,
breve suma quiero haceros
de nuestro largo dolor.
Las dos somos de Castilla,
de la ciudad de Sevilla:
he criado esta cuitada,
que me la dejó encargada
su madre desde chiquilla.
Qué murió su buena madre.

D. HECTOR.

No lloreis, ¿porqué llorais?

TEODORA.

Dios os perdone comadre,
y tan buen reposo hayais,
como el alma de mi padre,
Que murió desesperado,

D. HECTOR.

¡Qué buen lugar le habeis dado!

TEODORA.

En efecto, esta chiquita,
por parecerme bonita,

hasta agora la he criado.
Héla enseñado á labrar,
sabe un poco de coser.
con algo de pespuntar,
sabe escribir, y leer,
y por estremo contar.

D. Jorje.

¿Qué cuenta?

Teodora.

Lo que la dan.

D. Jorje.

O, pues eso estad mui cierta,
que todos le acudirán:
pero si aqui se concierta,
mejor partido le harán.
Decid hasta el fin el cuento.

Teodora.

Al fin aqueste ladron,
este bellaco sangriento,
este hablador fanfarron,
todo palabras y viento:
entró en mi casa; ¡pluguiera
á Dios que se le quebraran
las piernas cuando saliera,
para que nunca tornara
donde yo le hablara, y viera!
Háse alzado con mi hija,
y por el mundo la lleva,
sin que otro freno le rija,
y como es bobilla, y nueva,
me la mata, y desvencija.
Desnúdala cuanto tiene,
aunque de gran valor sea,
que jamas á casa viene,
que para aquesto no sea,
y solo el callar conviene.
Que porque una vez hablé

para su defensa yo,
y á quitar se la llegué,
medio muslo me pasó,
y todo el *sol fa mi re.*

D. Hector.

No llore madre, no llore,
que yo le prometo á Dios,
que las costumbres mejore.

Teodora.

Debáoslo señor, á vos,
sin que otro favor implore.
Doleos de este anjelillo,
mirad su rostro amarillo,
y mi cara de cuartago,
que ha un año, que ya no hago,
sino llorar cardenillo.

D. Hector.

No tengais de aqueso pena,
que yo os alzaré del cuello
aquese yugo y cadena.

Teodora.

Solo vos podeis hacello,
cara honrada, cara buena.
Entierreme Dios con buenos,
no me dé vida entre malos,
con estos se viene á menos,
los otros hacen regalos
de virtud y gracia llenos.

D. Hector.

¡Qué bendita es la viejaza!

D. Jorje.

Y pica la zorra muerta,
mas que pimienta, ó mostaza.

ESCENA XII.

Los mismos, y Escobardillo.

Escobardillo.

El sarjento está á la puerta.

D. Hector.

Pues entre, que haremos plaza.

Fortuna.

¡Ai señor, pobre de mí!
que la palabra le dí
de irme con él á cenar.

D. Hector.

Bien se la podeis quebrar,
y echadme la culpa á mi,
que yo soi su capitan.

ESCENA XIII

Dichos y don Alvaro.

D. Alvaro.

¡O señores acá estan!

D. Hector.

Como tordos que desean
las guindas que colorean
sobre que pican y dan.

D. Alvaro.

¿Vuesamerced no sabia,
que era aquesto cosa mia?

D. Hector.

No á fé, que si lo supiera,
ó no viniera, ó me fuera.

D. Alvaro.

Merced á la compañía.

D. JORJE.

No le he dicho nada ya,
que el capitan me ha traido,
que á cenar me convidó,
¿es aqui lo del vestido?

D. ALVARO.

¿Qué, no lo supistes?

D. JORJE.

No.

D. ALVARO.

¿Pues qué hace Camilo aquí?

D. JORJE.

Preguntadme la primera
camisa que me vestí;
por Dios, sin razon se altera.

D. ALVARO.

¡Y ella burlarse de mí!
Tome su manto, camine:
¿que mira? camine luego.

ESCENA XIV.

Los precedentes, menos FORTUNA.

D. HECTOR.

No hai para que se amohine,
señor sarjento.

D. ALVRAO.

Estoi ciego,
no es mucho que desatine.
Perdonad, señor, por Dios,
y servios de ella vos;
pero don Jorje no crea,
que en ese gusto se vea.

D. JORJE.

Basta, reportémonos.

D. Hector.

Tiene razon el sarjento,
que la convidó á cenar:
llevadla á vuestro contento,
y yo os quiero acompañar.

D. Alvaro.

Eso, señor, no consiento,
yo solo la llevaré;
beso, señor, vuestras manos.

ESCENA XV.

Los mismos, menos don Alvaro.

D. Hector.

Basta alferez, que se fué.

D. Jorje.

Desvanecimientos vanos
y dichos sin para qué.

D. Hector.

Pues por vida de mi vida,
que no ha de llevarla, si es
Rodamonte me lo impida,
hasta que pasado un mes
de limosna me la pida.

D. Jorje.

¿Pues quiere vuesa merced
quitársela?

D. Hector.

Y aun dejalle
arrimado á una pared.

D. Jorje.

Pues bajemos á la calle,
que me haceis grande merced.

ESCENA XVI.

TEODORA, sola.

Habládose han de secreto
alferez y capitan,
Zamora queda en aprieto,
si algun rebato le dan
á aqueste mozo pobreto.
Quiero estar, atalayando,
¡ ha muchacha! no respondes,
deben de quedarse armando;
de concierto estan los condes
hermanos, Diego, y Fernando. (Vase.)

ESCENA XVII.

DECORACION DE CALLE.

CASTRUCHO, solo.

En dos suertes no mas; ¡ pése á mi abuelo!
porque enjendrase al padre que me hizo,
¿ y que lo pierda yo con un mozuelo?
¿ qué ni el dado cargado, ni el hechizo,
me sirvan mas que al otro su ignorancia?
¡ que máquina tan grande un seis deshizo!
¿Podrá con mi desdicha mi paciencia?

ESCENA XVIII.

CASTRUCHO, y ESCOBARDILLO.

¿ Donde vas Escobarillo?

ESCOBARDILLO.

¡ Ai triste!
¡ qué mal que tratan por allá tu ausencia!

CASTRUCHO.

¿ Qué hai de nuevo?

ESCOBARDILLO.

Lo que vi.

CASTRUCHO.

¿ Qué es lo que vistes ?
Vomita luego lo que sabes perro.

ESCOBARDILLO.

Yo lo diré, que asi como te fuiste,
aquella vieja infame, aquel cencerro
que en la garganta de tu dama suena
para llamar á su ordinario yerro.
Al que te dió, Castrucho la cadena,
y al otro capitan, les ha contado
toda tu historia, de mentiras llena.
Al fin les ha pedido, y encargado,
que te quiten la vida.

CASTRUCHO.

¿ Y qué dijeron
el uno y otro fanfarron soldado?

ESCOBARDILLO.

Hacerte cuatro cuartos prometieron.

CASTRUCHO.

Mas que eso entre mujeres hablarian;
¿ y fueron á buscarme ?

ESCOBARDILLO.

Juntos fueron,
y fuera de esto al tiempo que salian
entró el sarjento que le dió la banda,
y aunque los dos lo mismos pretendieron.
Delante de ellos fue por la baranda
llevándola á empujones, y yo creo,
que á bofetones la gobierna y manda.

CASTRUCHO.

Agora es tiempo, ¡ha brazo jigante
que muestres tu valor! ¿ por donde iria ?

ESCOBARDILLO.

Cerca, que aun desde aqui la calle veo.

CASTRUCHO.

Pues alto Escobardillo, allá me guia,
que quiero hacer pedazos este mozo
con mi siempre dichosa valentía.
Échate al rostro, pícaro, el rebozo,
y no hagas mas que ver, poniendo en lista
la mortandad de mi cruel destrozo;
porque si acaso fueres coronista,
ó dieres algun tiempo en ser poeta,
escribas la verdad como de vista.
¿ Has visto el trueno horrisono, y el rayo,
has visto disparar de una escopeta?
Pues de esta suerte á batallar me ensayo,
y mas veloz, y mucho mas lijero
doi enemigos al mortal desmayo.
¡Ó poderoso Dios! qué Orlando fiero,
que fuerte Aquiles sobre Troya hizo
lo que sobre mi dama hacer espero.

ESCOBARDILLO.

O me tiene el temor antojadizo
señor Castrucho, ó el sarjento es este.

CASTRUCHO.

De cólera, por Dios, me atemorizo.
Tan ciego estoi, que porque no le cueste
tantas vidas al mundo el meter mano,
quiero esperar que el fanfarron se apreste.
Arrimate á una esquina, que es en vano
estorbar la venganza, y el cuchillo,
que soi fiero leon con rostro humano,
y este pobre sarjento corderillo.

ESCENA XIX.

Castrucho y Escobardillo, se arriman á una esquina, y salen don Alvaro y Fortuna

D. Alvaro.
Para mi satisfaccion.

Fortuna.
Creedme, señor sarjento,
que no es tan de pluma y viento
mi femenil corazon.
¿Si alferez y capitan
se me entraron sin licencia,
pude yo hacer resistencia?

D. alvaro.
Es don Jorje mui galan.
¿Quién duda que no lo es vuestro?

Fortuna.
Mio, ¿ don Alvaro?

D. Alvaro.
Pues
si le vistes vuestro es.

Fortuna.
¡Qué! ¿cuanto vemos es nuestro?

D. Alvaro.
Por fuerza, aunque no querais,
mayormente, que yo sé,
que solo á buscaros fué,
pero al fin conmigo vais;
y pues que conmigo os llevo,
yo os pondré, si vos quereis,
á donde segura esteis. (*)

(*) Castrucho hace muestras de quererle acometer á lo lebron.

FORTUNA.

Todo aquesto y mas os debo.

ESCENA XX.

Dichos, don JORJE y los soldados MENDOZA y GUZMAN.

D. ALVARO.

Tres hombres mui embozados
á las espaldas nos vienen,
si ellos malas manos tienen,
no escapamos de robados.
Porque uno para tres
es mui desigual partido.

D. JORJE.

Este es el que me ha herido;
meted mano.

GUZMAN.

¿Es él?

D. JORJE.

El es.

MENDOZA.

¡Muera el ladron!

D. ALVARO.

¡Ah traidores!
¡tantos para solo un hombre! (*)

(*) Los soldados meten á don Alvaro á cuchilladas.

ESCENA XXI.

CASTRUCHO, FORTUNA y don JORJE.

D. JORJE.
Vuestra merced no se asombre,
que no somos salteadores.
El alferez soi, mi vida.

FORTUNA.
¿El alferez?

D. JORJE.
Si, por Dios.

FORTUNA.
¿No eran amigos los dos?

D. JORJE.
¿Qué habrá que el amor no impida?
¿Venís conmigo, mi bien?

FORTUNA.
¡Ai señor! ¿qué jente es esa?

D. JORJE.
Paréceme que se apresta.

ESCENA XXII.

Los precedentes, don HECTOR, PRADELO y BELARDO.

D. HECTOR.
¿Fuese el alferez?

PRADELO.
Tambien:
que solos nos ban dejado.

D. HECTOR.
No se fue sin ocasion,
que á fe que está el fanfarron
de la ramera picado.

BELARDO.
Pesia tal ¡ si está.

D. HECTOR.
Espera,
Ella es, y este el sarjento:
acuchilladle al momento.

PRADELO.
Muera el castellano. (*)

D. JORJE.
¿Tantos á uno? ¡ ladrones!

D. HECTOR.
Seguidle, matadle.

D. JORJE.
¡Ai triste!

ESCENA XXII.

FORTUNA y CASTRUCHO, que ha estado á la mira con la espada desnuda.

CASTRUCHO.
Agora si que reñiste,
Castrucho, por seis leones,
¿qué hace la mui probada?

FORTUNA.
¿Quien es?

CATRUCHO.
¿Ya no me conoce?

(*) Van todos tras él acuchillándole.

FORTUNA.

Si no es que se desemboze.

CASTRUCHO.

A dalle una bofetada.
Yo soi el que la he quitado
á los que de aqui se van,
alferez y capitan,
y al sarjentillo alcorzado.
Camine á casa, badana.

FOTRUNA.

No me des, ¡ triste de mí!

CASTRUCHO..

Eche luego por hai.
Camine, flaqueza humana.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

DECORACION DE PLAZA

ESCENA PRIMERA.

Castrucho y Escobardillo.

Escobardillo.
Está media campaña alborotada,
porque el sarjento piensa que el alferez
la dama le quitó con sus soldados,
y el alferez, señor, lo mismo piensa
del capitan, y aunque verdad fué todo,
en pensar que la dama está escondida
en la casa y poder del victorioso,
padecen todos tres un mismo engaño,
que tu la gozas, hablas y requiebras.

Castrucho.
Eso es tener los hombres sangre y cólera,
fuera gallinas, no conmigo brios,
que de todos aquestos que presumen
ser gallos de mi dama, antes de un hora
les cortaré las crestas, y haré de ellas
un sabroso potaje y una epictima
para templar del corazon la furia;
mal conoces la espada de Castrucho,
sola en el mundo y heredada de Hércules.

Escobardillo.
Hércules trujo espada, ó solo un tronco
de un roble abierto por sus propias mano

CASTRUCHO.

El tebano es aquese picarito,
y el español el que yo digo agora
que no mató las fieras de los campos,
sino que conquistó ciudades y hombres;
pero vengamos á lo que hace al caso.
El maestre de campo, don Rodrigo,
me dicen que es un hombre apasionado
por estos que vivimos de la hoja,
y que en sabiendo que hai algun valiente
que tenga ya por sus hazañas nombre,
confirmado en el mundo por su fama,
le da su mesa y cama, y favorece;
quiero que me conozca y que se informe
de mis temeridades y locuras,
y sepa lo que soi con una espada,
porque con su favor todos aquestos
huyan de mí como las brujas huyen
la siempre verde ruda y amapolas.

ESCOBARDILLO.

¿De manera que á eso vienes?

CASTRUCHO.

Vengo
á buscar un escudo de fortuna
contra la fuerza, envidia y la malicia.
¡Oh pesia tal! el capitan es este,
y me ha visto, sin duda.

ESCOBARDILLO.

Pues no huyas,
que puedes engañarle fácilmente.

CASTRUCHO.

¿Trae cuadrilla?

ESCOBARDILLO.

Su ordinaria jente.

ESCENA II.

Dichos, don Hector, Pradelo y Belardo.

Hector.

¿En efecto sospechais
que el alferez la encontró
despues que allí se me huyó,
y el indicio confirmais?

Belardo.

¿Pues quien lo duda? si acaso
no se la tragó la tierra,
que en diciendo España y cierra,
alargó la hembra el paso.
Como él la calle huyó,
allí donde le perdimos
mientras á buscarle fuimos,
ella con él se encontró.

Escobardillo.

Llégale primero á hablar.

Castrucho.

Calla.

Escobardillo.

¿De qué estás medroso?

Castrucho.

¡O capitan valeroso!

D. Hector.

¡Bravo encuentro!

Castrucho.

¡Bravò azar!

D. Hector.

¿Donde bueno?

Castrucho.

En busca tuya
ando desde esta mañana.

D. Hectot.

¿Como?

Castrucho.

Sabe que mi hermana
perdió la sobrina suya?

D. Hector.

¿Quien, la señora Fortuna?

Castrucho.

Fortunica, pesia á mí,
que desde que ayer te ví
anda corriendo fortuna.
Y como donde tu estás,
que eres digno de una Elena,
de una Danae ó Alcumena,
ó si hai mas que Venus, mas.
Un sarjentillo, un medio hombre,
un tú soldado, que ayer
tu mano lo pudo hacer,
con darle esa plaza y nombre,
¿ha de gozar una dama
que se trujo para tí
desde España, que hasta allí
llega la voz de tu fama?
Vuelve, señor, por tu honra,
que á saber ayer quien eras,
yo hiciera que no tuvieras
ese disgusto y deshonra,
que luego te la entregara
para que gozaras de ella,
sin que se alzara con ella
quien.... mas cortárale cara,
que sin que nadie la pida
de tu parte, yo le haré
que lo que es tuyo te dé,
ó le quitaré la vida.

D. Hector.

¡Como! ¡como! ¿qué el sarjento,
sabiendo que tú traias

esa mujer, en dos dias
tenga tanto atrevimiento?
No eres tu el hombre que ayer....

CASTRUCHO.

Si señor, el mismo soi;
que por tu servicio estoi,
en guarda de esta mujer.
Yo la truje de Sevilla,
que en un corro de Guzmanes,
tratando de capitanes
te dieron la primer silla.
Contaron de tus grandezas,
de tus liberalidades,
tus heróicas amistades,
lauros, hazañas, proezas.
Estaba entonces gozando
esta muchacha su flor,
enamorando al amor,
y en lugar de amor matando.
Tierna como una patata,
mas colorada que rosa,
mas que el azúcar sabrosa,
y mas limpia que la plata.
Duques, condes, y marqueses
desempedraban su calle,
mozalvitos de buen talle,
puntas, tajos, y rebeses.
Pero de esta confusion
la saqué á pesar de todos,
que soi sangre de los godos,
y bebo mas que un leon.
Y pues la truje hasta aqui
tanta tierra, y tanta mar,
tu solo la has de gozar.
Fue.a, guardense de mí
que voi de cólera ardiendo
?donde está el sargento, donde?
Ya la muerte me responde,

que el arco está apercibiendo.
¿Donde te hallaré despues?

D. Hector.

Paso, que estoi informado
de que sois mui hombre honrado.

Belardo.

Y harto lijero de pies.
¡No es gracioso el fanfarron!

Pradelo.

¿Cuando has visto tu Rufian
que no parezca Roldan,
y sea despues lebron?
Pese á tal con el picaño.

D. Hector

Belardo aunque este es un loco,
lo que dice no es tan poco
que no resulte en mi daño.
Ya veo que es hablador,
pero la mujer me agrada,
y yo sé que esta enseñada
mas de fuerza, que de amor.
vamos los tres á buscar
este alferez, que yo sé,
que él me la dará, aunque esté
hecho de amores un mar.
¿Cómo os llamais?

Castrucho.

¿Yo, señor?
Castrucho á vuestro servicio.

D. Hector.

¿Y traeis aqueste oficio?
¿No sabeís otro mejor?

Castrucho.

Calla príncipe, que quiero
que goces de hoi mas mil damas,
y que deshagas mas famas,
que cortó cabezas Nero.

Traérete dos mil mozuelas,
y no de aquestas perdidas,
sino las de ayer nacidas,
con su flor como ciruelas.
Vete en paz, y goza aquesta,
que á la tarde la tendrás.

D. HECTOR.

Soldados ¿hai que oir mas?

SOLDADOS.

No hai en el mundo otra fiesta.

D. HECTOR.

Ahora bien, vamos de aqui.

CASTRUCHO.

¿Dónde á la tarde estarás?

D. HEETOR.

En la plaza me hallarás,

ESCENA II.

CASTRUCHO y ESCOBARDILLO.

CASTRUCHO.

¿Qué te parece de mí?

ESCOBALDILLO.

Que todas tus cosas van
por un camino acertado.

GASTRUCHO.

¿Con qué soberbia he hablado,
á aqueste vil capitan?
¡Puedese ver en el mundo
tal término de tratar!

ESCOBARDILLO.

A lo menos de le hablar.

CASTRUCHO.

¿Qué dices?

ESCOBARDILLO.

Que es sin segundo,
y que hablastes como un Cid.

CASTRUCHO.

¿Qué es Cid adonde yo estoi,
que el Hércules mismo soi,
y el jigante de Dávid. (Se espanta.)
Guarda, pesia tal, ¿quién es
este que viene hácia aqui?

ESCOBARDILLO.

El sarjento es, pese á mí.

CASTRUCHO.

¿Aprestaremos los pies?

ESCOBARDALLO.

¿Siendo un tan gran jigante
quieres que huyamos de un hombre?

CASTRUCHO.

Pues he de afrentar mi nombre
menos que con otro Atlante.

ESCENA III.

Dichos, y D. ALVARO.]

D. ALVARO.

No hai que fiar en la tierra:
bnena fé de amigo ingrato,
pues que se usa tan mal trato
en el valor de la guérra.
A Fortuna me quitaron
ciertos visoños ayer,
maraña debió de ser
que entre amigos me trazaron.
A los alcances le voi
algun fingido que creo

que da rueda á su deseo,
porque su sarjento soi.
Pues cortáreles los pasos
aunque pierda el alabarda
pues tan mal la amistad guarda
en los amorosos casos.
¿Castrucho no es este? Si,
¿Qué hai de nuevo?

CASTRUCHU.

Pesia tal,
poco bien, y mucho mal.

D. ALVARO.

¿Y mucho mal? ¿cómo así?

CASTRUCHO.

Este alferez, este nada,
este bizarro Sanson,
descalzo con almidon,
y doncella por la espada.
¿Este te habia de quitar
con bellacos en cuadrilla
mujer que desde Sevilla
te vino á Italia á buscar?
Sabes donde le hallaré,
que le voi á desmentir.

D. ALVARO.

Espera, ¡ no te has de ir
de esa suerte.

CASTRUCHO.

Suéltame.
Suéltame pese á mis males,
que no suelo yo comer
de mas renta que vender
las espadas de hombres tales.
¡A tí un alferez! ¿á tí,
que tienes fama en el mundo
de ser un Hector segundo,
que casi te igualo á mí?

¿Porqué me detienes? deja
que esta cólera ejecute.

D. Alvaro.

No es bien que á mi me repute
de traidor nadie en su queja.
Que el alferez era aquel
que anoche en cuadrilla vino.

Castrucho.

El que te salió al camino,
y dos soldados con él.
Que la vieja, á puntillazos
me ha contado lo que pasa,
que fué el concierto en su casa,
y aun por ventura en sus brazos.
Ea, que á matarle voi.

D. Alvaro.

Detente loco.

Castrucho.

¿Aun me tienes?

D. Alvaro.

Con buenas nuevas me vienes,
por darte albricias estoi.
Porque ha no sé cuantos dias
que encontrarme deseaba
con el alferez, que andaba
apuntado en cosas mias.
Tan gran traicion, vive Dios, (*)

Castrucho.

¡Válgate el diablo!

D. Alvaro.

Esta espada

(*) El sarjento mete mano y Castrucho se espanta.

no está por dicha manchada
de otro mejor que no vos.
¿En cuadrilla para mì,
y por quitarme mi gusto?
¡Justo es esto! ¡aquesto justo!

CASTRUCHO.

El diablo te diga sí.
Temblando estoi Escobar
no me dé algun espeton,
que una espada es tentacion
de hombre enseñado á matar.

D ALVARO.

Agora estés don Jorje, mal nacido,
en el cuerpo de guardia, ó en la plaza,
ó con el capitan, ó divertido
en vez del rebellin la nueva traza,
ó estés comiendo, ó á placer dormido,
ó en gresca y juego, ó en campaña rasa,
que donde quiera volverá manchada
de tu villana sangre aquesta espada.

ESCENA IV.

CASTRUCHO y ESCOBARDILLO.

CASTRUCHO.

¿Fuese yá?

ESCOBARDALLO.

¿Pues no se fué?

CASTRUCHO.

Miralo bien si ha traspuesto,

ESCOBARDILLO.

Dígote que si.

Castrucho.

Y mas presto
de lo que yo imajiné.
Que á fé, que si se esperará,
que por lo mucho que habló,
quizá le asentara yó
algun chirlo por la cara.
Soldaditos de vinagre,
que en viendo un hombre se mueren,
y como estudiantes quieren
retusarse con almagre.
¡Que Victor, y que nonada!
¡Victor Castrucho no mas,
que es el propio Barrabás
la punta de aquesta espada!

ESCENA V.

Los precedentes y Lucrecia, oen hábito de hombre.

Lucrecia.

Por rastro que he traido,
aqui he de venir á hallar
aquel huésped fementido,
otro Eneas en dejar
muerta la segunda Dido.
¡Ó soldado injusto y ciego
á mi deshonor y ruego,
á tí mismo haces ultraje!
que en pago del hospedaje
pones á la casa fuego.
Un alferez hospedé
en Milan, de donde soi
á quien el alma entregué,
segunda cosa que doi

para aposentar la fé.
¡Mas que fé! huesped traidor,
falso, aleve, engañador,
que no es fé la fé finjida,
pues me has llevado la vida,
y á vueltas de ella el honor.
Jente me mira, ¡ai de mi!
si han entendido mi engaño.

ESCOBARDILLO.

¿Buscais algo por aqui
jentil hombre?

LUCRECIA.

Busco el daño,
de todo el bien que perdí.

ESCOBARDILLO.

¿Qué perdistes?

LUCRECIA.

Quien solia
servir de noche, y de dia.

ESCOBARDILLO.

¿Qué, amo andais á buscar?

LUCRECIA.

Si yo le pudiese hallar,
mas que dichoso seria.

CASTRUCHO.

¿Qué es aquesto Escobardillo?

ESCOBARDILLO.

Un gracioso pajecillo
que busca un amo, y asaz
es apropiado el rapaz
para ser alcahüetillo.

CASTRUCHO.

¿De donde eres?

LUCRECIA.

De Milan.

CASTRUCHO.

¿ Eres noble ?

LUCRECIA.

Solia ser.

CASTRUCHO.

¿ Cómo te llaman ?

LUCRECIA.

Beltran,

CASTRUCHO.

¿ Eres mujer ?

LUCRECIA.

¡ Yo mujer ?
¿juraislo vos galan ?
siempre á cualquier hombre noble
suele afeminar al doble
la madre naturaleza ;
no juzgueis por la corteza ,
que tengo el alma de roble.

CASTRUCHO.

¿ Cuando veniste?

LUCRECIA.

Anteayer.

CASTRUCHO.

¿ Has tenido que gastar ?

LUCRECIA.

Y que jugar y perder.

CASTRUCHO.

¿ A qué has perdido ?

LUCRECIA.

Al parar.

CASTRUCHO.

Propio juego de mujer.
¡ Vive Dios que lo pareces !

LUCRECIA.

Santiguáreme mil veces ;
hermano tengase allá.

CASTRUCHO.

¿ Este es hombre ?

ESCOBARDILCO.

Claro está:
¿en eso te desvaneces?

CASTRUCHO.

Vive Dios que es como un oro
para el oficio.

LUCRECIA.

Pues no ,
digo que vale un tesoro.

ESCOBARDILLO.

Harto quejar era yo
para ser de quien adoro.

ESCOBARDILLO.

Conciértale por ventura
¿ querrá servirte ?

CASTRUCHO.

Eso quiero ,
aunque en talle y compostura
parece tan caballero
cuanto hembra en la hermosura.
Dí Beltran ¿quieres estar
conmigo ?

LUCRECIA.

¿Pues no, señor,
si un amo vengo á buscar?

CASTRUCHO.

Mientras le hallas mejor
me puedes acompañar.

LUCRECIA.

¿ No eres soldado ?

CASTRUCHO.

Si soi.

LUCRECIA.

¿Y de quien?

CASTRUCHO.

Sin plaza estoi,
que he venido aventurero
por una mujer que quiero,
á quien el alma le doi.

LUCRECIA.

¿Y tiénesla aqui contigo?

CASTRUCHO.

Aqui en cierto alojamiento,
que es rancho de un grande amigo.

LUCRECIA.

Agora con mas contento
á tu servicio me obligo.

CASTRUCHO.

Pues sus, alto, aquesto es hecho,
ya estás conmigo.

LUCRECIA.

Y estoi
de tu valor satisfecho.

CASTRUCHO.

Váldrate á fe de quien soi,
un infinito provecho,
que ésta mujer, Beltranico
es mujer.

LUCRECIA.

Ya estoi al cabo,
ea, que á todo me aplico.

CASTRUCHO.

Por Dios igualmente alabo
tu discrecion, gracia, y pico.

LUCRECIA.

¿Para decir que es mujer
de estas que hacen placer?
es menester mas rodeo:
¡ vive Dios ! verla deseo,
que quiero echarme á perder.

CASTRUCHO.

Paso, paso, no tan hombre,
que no es ese vuestro oficio.

LUCRECIA.

Mal me conoces el nombre,
pues si empiezo á echar de vicio
haré que el rapaz te asombre.

CASTRUCHO.

Ea, pues, llévale á casa,
porque Fortuna le vea.

LUCRECIA.

La Fortuna, aquesto pasa,
rogarle quiero que sea
en mis desdichas escasa.

ESCOBARDILLO.

Llámase la dama ansi.

LUCRECIA.

¿De veras?

ESCOBARDILLO.

Vente tras mí.

LUCRECIA.

Guia por aquesta calle.

ESCENA VI.

CASTRUCHO, solo.

Que rapaz de tan buen talle,
que era mujer presumí.

Ahora sus, esto se ordena
á mi gusto, y va en su punto,
mas si rompe la cadena,
emo que me venga junto
el galardon, y la pena.
Pero si de aquesta suerte:
ordeno á los tres la muerte,
¡mas ai! el alferez viene,
que le engañe me conviene,
¡permita el cielo qué acierte!

ESCENA VII.

D. Jorje y Castrucho, que comienza á dar voces recitando.

Castrucho.

¡Hase visto maldad tan manifiesta!
¡hai en el mundo enredo como aqueste
que ordenen convidarle á mesa puesta,
porque la vida al pobre alferez cueste!
¡Adonde le hallaré!

D. Jorje.

¿Qué voz es esta?
¿qué alferez? ¿que maldades, que hombre es este?
¡Ola! ¿soldado que dices? ¿què es eso?

Castrucho.

Despacio voi para tan mal suceso:
no me faltaba mas sino pararme.

D. Jorje.

Teneos por vida mia.

Castrucho.

¿Qué es tenerme?
voi á avisar á un hombre que se arme,

porque inocente entre enemigos duerme.

D. Jorje.

El hombre, y el suceso has de contarme,
aunque supiese....

Castrucho.

Paso, sin ponerme
la mano al pecho, y así en breve digo,
que á don Jorje buscaba.

D. Jorje.

Ese es mi amigo.

Castrucho.

Pues á ese le ordenan dura muerte
su capitan y varíos, y han trazado
convidarle á comer, que de esta suerte
le dejaran el pecho atosigado:
mas la verdad, que es invencible y fuerte,
que el mundo juzga del celestre estrado,
quiere que yo lo escuche, y que le avise,
para que viendo el aspid no le pise.
¿Conoceis á don Jorje? encaminadme
para que luego la verdad le diga.

D. Jorje.

Paso, yo soi.

Castrucho.

¿Vos?

D. Jorje.

Yo.

Castrucho.

La mano dadme,
que bien ha sido de la vuestra amiga.

D. Jorje.

Tomad, señor, y una cadeda echadme,
que á ser mui vuestro para siempre obliga
la gran merced que ahora me habeis hecho,
que eternamente vivirá en mi pecho.
¿Donde lo vistes?

CASTRUCHO.

¿Cómo, á donde? ahora,
en este punto, y en aqueste puesto,
que lo trató con intencion traidora
el fiero capitan.

D. JORJE.

¡Cielos! ¿qué esto?

CASTRUCHO.

Sirven, segun entiendo, una señora,
de trato no mui lícito, ni honesto,
á donde pienso yo que os ví una tarde
con estos hombres, de quien Dios os guarde.

D. JORJE.

Ya me acuerdo de vos, y por mas señas,
cierta cadena os dí.

CASTRUCHO.

Ya está perdida.

D. JORJE.

Este pensaba dar á aquellas dueñas,
pero es mejor que vuestros dedos mida. (*)

CASTRUCHO.

Con tu nobleza romperás las peñas:
guardate de aceptar cena ó comida.

D. JORJE.

Idos con Dios, que he de meter la guarda.

CASTRUCHO.

Respete el suelo lo que el Dielo guarda. (Vase).

ESCENA VIII.

DON JORJE, solo.

¿Esto se sufre, capitan ingrato?
¿sarjento esto se sufre? ¿por ventura,

(*) Le da un anillo.

¿qué puede haber en hombre tan mal trato?
¿y mas en el sarjento que es mi hechura?
si á traidor imito, si retrato
su fiera crueldad injusta, y dura,
¿cómo no me dispongo á la venganza
con tan bastante causa y esperanza?
Bien sospechaba yo que la cuadrilla
que aquella noche me quitó la dama,
era del capitan la jentecilla,
que desde que la vió la adora, y ama,
¿no le basta gozalla y persuadilla,
sino que juntamente se disfama
con procurar matarme? ¡santos cielos!
¡Para tan breve amor tan graves celos!

ESCENA IX.

Don Jorje y don Alvaro.

D. Alvaro.

Don Jorje es este, yo he de hacer de suerte
que se retire de este puesto infame,
no me cueste la vida el darle muerte,
y en su lugar mi sangre se derrame.

ESCENA X.

Don Jorje, don Alvaro y don Hector.

D. Hector.

Tal es la rabia, y el coraje fuerte,
que he de embiar un paje que le llame,
mas ya no hai para qué, si está en el cuento,
don Alvaro es aqueste, y mi sarjento.

D. Jorje.

Trazando voi de mi venganza el modo.

D. ALVARO.

¿De qué manera podré yo matalle?

D. HECTOR.

Tambien don Jorje, á entrambos me acomodo.

D. JORJE.

El Capitán es éste, quiero hablalle,
mas que digo, de manga, viene todo,
pues don Alvaro viene á açompañalle
metamos mano brazo, y defendamos,
la parte de nobleza que heredamos. (*)

D. HECTOR.

A matarme venis, y acompañado,
¿ en qué señor don Jorje os he ofendido?

D. ALVARO.

¿ No basta que la dama me han quitado
sino que darme muerte han pretendido?

D. HECTOR.

Es buena libertad la que han usado,
¿ espada para mí ?

D. JORJE.

¿ Tan mal servido
has sido de don Jorje, que esto hagas ?

D. ALVARO.

¿ Y á mi tambien, señor, tan mal me pagas?

ESCENA XI.

Los mismos, y TEODORA.

TEODORA.

¿ Qué es esto, hijos, qué esto?
espadas desenvainadas,
¿ los tres en aqueste punto? -

(*) Mete mano don Jorje y luego don Alvaro y don Hector.

D. Hector.

Ola envainad las espadas,
¿que me mirais? luego, presto.

D. Jorje.

No la saco por tu ofensa,
sino para mi defensa,
porque me quieres matar.

D. Alvaro.

Y yo la vine á sacar
por lo mismo que este piensa.

D. Hector.

¿Yo matarte alferez?

D. Jorje,

Sí,
sobre quitarme la dama.

D. Alvaro.

De eso me quejo de ti
alferez, pues corre fama,
que me la has quitado á mí.
Y por aquesta maldad
vine á romper tu amistad,
que me la has de dar por Dios.

D. Hector.

Yo me quejo de los dos,
mirad quien dice verdad,
que uno de los dos la tiene,
y anoche me la llevô.

Teodora.

Paso hijo, que os conviene:
que estoi de por medio yo.

D. Jorje.

Mirad la paz que nos viene.

Teodora.

Pues si á mí me ven en medio,
me han de decir sin remedio,

que por mi pie de ternera
reñis de aquesa manera:
sosegaos, busquese un medio.
¿Porqué reñis?

D. Hector.

Madre mia,
que á tu hija les quite, dicen
los dos con igual porfía.

D. Jorje.

El la tiene, y yo lo sé,
y aun decir donde podria.

D. Alvaro.

No la tiene el capitan,
que vos la teneis.

D. Jorje.

¿Yo?

D. Alvaro.

Vos.

D. Hector.

Ved que conformes estan,
y á fe, que está entre los dos.

Teodora.

Digo que es cuento galan:
¿quién lo ha dicho?

D. Hector.

Castrucho.

Teodora.

¿Y á vos?

D. Jorje.

El mismo.

Teodora.

¿Y á vos?

D. Alvaro.

Castrucho tambien.

TEODORA.

No es mucho
porque él la tiene por Dios.

D. HECTOR.

¡Qué oigo!

D. ALVARO.

¡Qué veo!

D. JORJE.

¡Qué escucho!

TEODORA.

Digo que el mismo la trujo
anoche, y durmió con ella:
mis tristes ojos estrujo.

D. HECTOR.

¡Qué á los tres nos la ha quitado!

D. ALVARO.

¡Qué esta noche la ha gozado!

D. JORJE.

¡Qué nos burlase á los tres!

TEODORA.

Verdad lo que digo es,
que mis carnes lo han pagado,
que acostada estaba yo,
y salí con un candil
á las palmadas que dió.
Cruces hice mas de mil,
porque la sangre me heló.
Si le hubieras dado muerte,
cuando yo os lo supliqué,
no os burlara de esta suerte,
ni yo, que no lo pequé,
me viera en trago tan fuerte:
que porque estaba acostada,
y él fuera de la posada,
en mis carnes pecadoras

me pegó mas de dos horas
con una soga doblada.

D. Hector.

Ea, soldados, no sé sufra aquesto,
vamos en busca del rufian infame.

D. Jorje.

Vamos que no se escusa en cualquier puesto,
que aquella sangre bárbara derrame.

D. Alvaro.

A darle dos mil palos voi dispuesto.

D. Hector.

Para eso haced que un pícaro se llame:
mas donde no hai afrenta, pues no cabe,
mejor será que de una vez acabe.

ESCENA XII.

Teodora, sola.

Agora quedo contenta,
que van á darle Santiago;
de su sangre estoi sedienta,
y por beberla de un trago,
el corazon me rebienta.
Muere traidor, eso si,
y déjame libre aquí,
que si hoi no te acabaran,
tirano te confirmaran
de aquel anjel, y de mí.
Quiero entrar en san Clemente,
mientras pasa tanto mal,
¿mas que ruido es este, y jente?
sin duda es el jeneral,
no sé si una cosa intente.
Pero quiérola intentar,
que si me saliese azar,

mui poco puedo perder,
quiero el manto componer,
y mi rosario sacar.

©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©

ESCENA XIII.

Teodora, don Ramiro y don Rodrigo, con mucho acompañamiento de soldados.

Teodora.

Mi señor, con su licencia,
quiero hablar á su escelencia.

D. Ramiro.

¿Quién es?

D. Rodrigo.

Lo que ves delante.

Teodora.

Una pobre vergonzante.

D. Rodrigo.

Honrado talle y presencia.

Teodora.

Por virtud de los honrados.

D. Ramiro.

Dénle limosna.

Teodora.

¡Señor!
cígame cuatro pecados.

D. Ramiro.

¡Pecados! ¿soi confesor?

Teodora.

Iba á deciros cuidados.
Soi una pobre mujer,
como se me hecha de ver:
tengo nna hija tan bella,
qne dejó de ser doncella

por no tener que comer:
no tiene diez y seis años,
fresca como una camuesa,
ayer la miré en los baños
con una pierna tan gruesa,
y unos pezitos tamaños.
Los pechos son dos manzanas,
y no hai rosas castellanas:
como sus mejillas bellas,
que mas coloradas que ellas;
se levanta á las mañana.
Canta como un serafin,
habla que no hai mas que ver,
es de la hermosura fin,
sino lo quereis creer,
trairela á vuestro jardin;
donde vereis que á las rosas,
les quita el nombre de hermosas:
habla bien, y tañe, y canta,
que es una cosa que espanta,
sin otras secretas cosas.

D. Ramiro.

¡Jentil alcahüenta á fe!
¿sabeis mi casa?

Teodora.

Mui bien.

D. Ramiro.

Id allá.

Teodora.

¿Cuando podré?

D. Ramiro.

Yo haré que el aviso os den
cuando sin negocio esté:
¿qué os parece don Rodrigo?

D. Rodrigo.

Que es estremada la pieza,
y me quiero hacer su amigo.

ESCENA XIV.

TEODORA, sola.

Guarde el cielo tu cabeza,
con dos manos te bendigo,
que amparo de jente pobre,
plega el cielo que te sobre,
como al Cesar la ventura;
porque el lugar que procura
victoriosamente cobre.
Ahora bien, vamos á casa
á poner mano en la masa,
demos á Fortuna cuenta,
que ya quien la pide cuenta
de este mundo al otro pasa. (Vase.)

ESCENA XV.

SALA DE CASA DE TEODORA.

LUCRECIA, FORTUNA Y ESCOBARDILLO.

FORTUNA.

Tan pagada estoi del paje,
que no me ha hecho otro gusto
tu amo, que á este aventaje.

LUCRECIA.

Ya tengo dama por gusto,
que el tiempo á servirme abaje;
porque serviros es cosa
tan agradable y dichosa,
que no hai reinos que mandar
por quien se pueda trocar.

FORTUNA.

¿Porqué?

LUCRECIA.

Porque sois hermosa,
que esto puede la hermosura,
que no hai gloria como estar
asistiendo á la luz pura
de un rostro que puede dar
gloria, descanso y ventura.
Si el que mas príncipe fuera
de mejor gana os sirviera,
¿no he de tener yo á gran bien
que por señora me den
la que del mundo pudiera?

FORTUNA.

Beltran, lisonjero eres.

ESCOBARDILLO.

He de poneros en paz.

LUCRECIA.

Bien tienes con que si quieres, (Ap.)
por ser hombre eres capaz,
que estás entre dos mujeres.

ESCOBARDILLO.

¿Qué murmuras?

LUCRECIA.

Que podrias
no meterte en cosas mias.

ESCOBARDILLO.

Pues como hermano, Beltran,
¿trujeos yo para galan?

LUCRECIA.

Calla, que lo soi ha dias.

ESCOBARDILLO.

¿Como, no has entrado en casa,
y alzarte quieres con ella?

LUCRECIA.

¿Cual es el hombre de masa

que en viendo una dama bella
no se enamora y abrasa?

ESCOBARDILLO.

Basta, que es mui hombre en todo.

FORTUNA.

Perdiéndome voi de modo
que me enloquece Beltran,
¡qué bien hecho! !qué galan!

LUCRECIA.

Mas que te pongas de lodo.

FORTUNA.

Salte á fuera Escobardillo.

ESCOBARDILLO.

Ta, ta, ¿ya andamos en eso?
pero ¿qué me maravillo?
que es bello el mozo y travieso,
y esotra, estoi por decillo. (Vase.)

ESCENA XVI.

FORTUNA y LUCRECIA.

FORTUNA.

¿Que en fin eres milanés?

LUCRECIA.

Yo soi tuyo, no me des
otra tierra, ni otro nombre.

FORTUNA.

¿Es posible que este es hombre?
y para mi mal lo es.

LUCRECIA.

Esta bellaca está en duda, (Ap.)
menester será que agora
as vï é engaño acuda.
¿De qu enmudeces, señora?

FORTUNA.

Tu lengua me tiene muda.

LUCRECIA.

¿Pues qué, parécete bien?
porque haré que te la den,
estas manos en un punto.

FORTUNA.

Mejor lo tomara junto.

LUCRECIA.

¿Juntó lo quieres tambien?

FORTUNA.

¿Buenas manos tienes?

LUCRECIA.

Buenas;
y buenas me las he dado.

FORTUNA.

Parecen dos azucenas.

LUCRECIA.

Ya el tiempo las ha secado,
y el invierno de mis penas.

FORTUNA.

¿Penas has tenido?

LUCRECIA.

Si.

FORTUNA.

¿Has queride bien?

LUCRECIA.

Y quiero.

FORTUNA.

¿A quién, por tu vida?

LUCRECIA.

A tí.

FORTUNA.

Pues cree que por tí muero
desde el punto que te ví.

LUCRECIA.

Pues alto, dure el concierto,
si te he muerto, tu me has muerto.

FORTUNA.

Bésame para que viva.

LUCRECIA.

Ea, sube jente arriba.

FORTUNA.

¿Cómo?

LUCRECIA.

La puerta han abierto.

ESCENA XVII.

Dichas, y don JORJE.

D. JORJE.

Aquí, señor don Jorje, el que primero,
ese me han dicho que se lleva el fruto,
y que del árbol cuelgan al postrero.
Viendo Castrucho el enojoso luto
que por haberos ante ayer perdido,
de que aun apenas traigo el rostro enjuto:
mostró mi alma, donde habeis tenido
mas verdadero asiento que en el pecho
de ese sarjento á quien habeis querido.
Antes que el capitan á su despecho,
os lleve á fuerza de razon, que es hombre
que mira solamente á su provecho.
manda que yo, sin que el temor me asombre,
de que es mi superior, conmigo os lleve,
pues ya sabeis mis prendas y mi nombre,
y la razon que para ello os mueve.

FORTUNA.

Voludtad tuve primero
de teneros voluntad,
porque ni al sarjento quiero,

ni fué mas nuestra amistad,
que el interes del tercero.
Mi madre gobierna en mí:
esta quita, veda y pone,
y pues ella no está aquí,
que es la que de mí dispone,
podeis perdonarme á mi.

LUCRECIA.

!Ai de mí! que este es aquel
español bello y cruel
por quien ando de esta suerte.

ESCENA XVIII.

Los mismos, y TEODORA.

TEODORA.

Albricias hija.

LUCRECIA.

Si es la muerte
que viene á librarme de él.

FORTUNA.

¡Oh madre! seais bien venida,

TEODORA.

Señor alferez, ¿qué es esto?

D. JORJE.

¡Oh mi Teodora querida!

TEODORA.

Quítame este manto presto,

FORTUNA.

Turbada estás por mi vida.

TEODORA.

Será de puro contento,
de ver que muerte le dan
á aquel bellaco sangriento,

por gusto del capitan,
en este mismo momento.

FORTUNA.

¿Díceslo de veras?

TEODORA.

Bueno.

FORTUNA.

Gracias á Dios que has rompido
aquel vaso de veneno.

LUCRECIA.

No es malo el que yo he bebido,
no mas flojo, si mas lleno.

TEODORA,

¿Tuyo es este pajecito?

FORTUNA.

A casa viene á servir.

TEODORA.

Por mi vida que es bonico,
¿sabes leer y escribir?

FORTUNA.

Y multiplicar tantico.

TEODORA.

Bien has hecho; pues señor,
¿qué buscais?

D. JORJE.

Oidme acá.

FORTUNA.

Perdido viene de amor.

LUCRECIA.

Hablando de oido está;
mudado se me ha el color.

FORTUNA.

¿De qué?

LUCRECIA.

De que es cosa cierta
que de llevarte concierta,
y es negocio sin remedio,
si hai dinero de por medio,
que he de quedarme á la puerta.

FORTUNA.

¿Sabes qué podrás hacer?
conmigo quiero llevarte,
y darémosle á entender,
que es bien que se vaya á parte.

LUCRECIA.

¿Y luego?

FORTUNA.

Echar á correr.

LUCRECIA.

Eso llaman dar esquina;
¿pero adonde dormiremos?

FORTUNA.

En casa de una vecina.

LUCRECIA.

Sino, en campaña podremos,
ó al fresco de la marina.

TEODORA.

Está bien: ¡ola muchacha!

FORTUNA.

¿Qué mandas?

TEODORA.

Cubrete el manto.

LUCRECIA.

¡O vieja infame, y borracha!

FORTUNA.

El tuyo no importa tanto.

TEODORA.

Bien dices, tengo esa tacha,
cuanto hago se me olvida,
¿estas cubierta?

FORTUNA.

Ya voi;
Beltranico, por tu vida
que me acompañes.

LUCRECIA.

Yo soi
dichoso en que tal me pidas.

D. JORJE.

No, no, yo la llevaré.

FORTUNA.

Antes os ireis delante,
y mas segura saldré.

D. JORJE.

Pues alto, ¡ó dichoso amante!

LUCRECIA.

¡O falso amante sin fé!

FORTUNA.

Madre á Dios.

TEODORA.

Ese te guarde;
no vengas mañana tarde.

FORTUNA.

¡O que noche que me espera.

LUCRECIA.

No espere pasar carrera,
que es yelo el fuego que arde.

ESCENA XIX.

TEODORA, sola.

Buena cadena me llevo,
ella vale buena suma
aqueste es pájaro nuevo,
y pues que le sobra pluma
no es bien que le falte cebo.
Entrarme acostar me place,
pues no hai ya quien despedace
la puerta, Castrucho muerto:
rezarle quiero si es cierto
un *Requiescamt in pace.* (Vase.)

ESCENA XX.

DECORACION DE PLAZA.

D. HECTOR y D. ALVARO.

D. HECTOR.

Digo que tengo sospecha,
pues el alferez se ha ido,
que entró la calle derecha,
que en juego igual ha sabido
lo que la mano aprovecha:
¿ no es esta casa ?

D. ALVARO.

Ella es.

D. HECTOR.

Si puso en ella los pies
no hai duda llevó la joya,
que la mas cercada Troya
se rinde con interes.

D. Alvaro.

¡Ah de casa! (*)

Teodora.

Agua vá.

D. Alvaro.

Desviaros.

D. Hector.

Tarde es ya:
envistiome.

D. Alvaro.

¡O puta vieja!

D. Hector.

Callad no venga una teja,
que el agua limpiarse ha.

D. Alvaro.

Que bellacamente huele.

D. Hector.

Sin duda que está acostada,
y pues tan presto nos huele,
la mozuela está ocupada,
lo que en el alma me duele.

D. Alvaro.

Pues yo llamaré otra vez.

D. Hector.

No por Dios, que estoi mui puerco,
que es cuero y mea la pez,
y si á la puerta me acerco
me arrojarán otros diez.

(*) Teodora á la ventana con un orinal.

ESCENA XXI.

Dichos y Castrucho, embozado.

D. Alvaro.

Un hombre viene embozado.
¿Quereis que le reconozca?

D. Hector.

Estoi por Dios tan mojado,
que temo que me conozca
en tal lugar y meado,
hechad luego por ai:
pese al punto en que salí
á buscar este rufian.

D. Alvaro.

Vamos, señor capitan.

D. Hector.

No me nombres, pese á mí. (Vanse.)

ESCENA XXII.

Castrucho, solo.

Ahora bien, estos se han ido,
que porque no me cojieran
tan tarde, á casa he venido;
mas si aqui me conocieran
mayor daño hubiera sido.
Todo está en silencio. ¡Bueno!
Fortuna estará acostada;
yo me acojo como un trueno
que aquesta vieja taimada
á palos consiente el freno.
¡Ha de arriba! ¡Ola Escobar!

¡Beltranico! ¡olá Teodora! (Alzando la voz.)
ya me canso de llamar,
¿posible es que duerma ahora
la que era grulla en velar?

©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©©

ESCENA XXIII.

CASTRUCHO y TEODORA á la ventana con una oca sucia, anteojos y un candil en la mano.

TEODORA.

¿Quién llama? ¿quién está aí?

CASTRUCHO.

El diablo: Castrucho soi.

TEODORA.

¡Aun muerto vienes aquí!
¡con agua bendita estoi!
¡alma que quieres de mí!

CASTRUCHO.

Quiero que el diablo te lleve:
abre borracha, que llueve.

TEODORA.

¿Qué no eres muerto Castrucho?

CASTRUCHO.

¿Yo muerto?

TEODORA.

Tu voz escucho.

CASTRUCHO.

Abre aqui quarenta y nueve.

TEODORA.

Traidor, nuevas me han traido
que te han muerto á puñaladas,
si eres diablo revestido,
reliquias tengo colgadas,

en cuyo nombre te pido,
que huyas, sin volver mas,
á la casa donde estoi.

CASTRUCHO.

Abre: á los diablos te doi
cocinera de Caifas.
Abre la puerta vejona,
cara de mona,
abre hechicera, bruja,
la que estruja
cuantos niños hai de teta,
por alcahüeta
que once veces azotada,
y emplumada;
abre mielga con antojos,
cuyos ojos
ven de noche cual murciálago,
sucio piélago
de meados estantios,
que esos brios
te suelen costar mas palos
que hai robalos,
en el rio de Sevilla:
abre malilla,
mala, maleta, mallorca,
que á la horca
vas de noche con candelas,
y las muelas
quitas á los ahorcados,
desdichados,
que aun muertos no estan seguros
de conjuros,
y de maldades que haces,
con que deshaces
las nubes, y las arrasas
por donde pasas,
que sin ir á la dehesa,
en una artesa

sueles hacer nacer berros,
y á los perros
hurtas riñendo la tierra,
porque encierra
virtud de hacer olvidar,
que he de quebrar
la puerta, y molerte á azotes.

TEODORA.

No te alborotes
bellaco, rufian, ladron,
y gran lebron,
que un muchacho de Sevilla,
Jaramilla,
te quitó una vez la espada,
y fué sonada
tu infamia por toda España,
y no hai picaña
que se precie de ser tuya,
sino que huya,
porque las hurtas y robas
á las bobas,
esta casa tiene dueño,
que á buen sueño
está con Fortuna agora,
vete en mal hora.

CASTRUCHO.

O vieja de Bercebú,
que á tú por tú
te pongas, con quien ayer
te hizo ver
estrellas á medio dia;
y aun solia
desollarte aquese rostro
que es de monstruo.
Abre aqui, vieja borracha,
que á esa muchacha
la chupas sangre, y dinero,
y eres un cuero,

que de sola una bebida
á la comida,
gastas cuarenta bodegas,
y cuando llegas
á la noche, estas de suerte,
que por verte
pueden entrar á real:
hospital
lleno de mil pestilencias
é impertinencias,
dientes de corcho, bellaca;
cara de haca,
espinazo de cuartago,
que este pago
me das, porque tantas veces
de los jueces
he librado esas espaldas.

TEODORA.

Hombre con faldas,
bellaco, medio mujer,
no has de ver
esta cadena en tu mano,
Luterano,
que me dió un hombre esta noche,
que en un coche
se ha llevado á Fortunica,
y va mas rica
que cuando la desnudaste,
y la quitaste
aquella saya bordada,
que en Granada
se acababa de hacer.

CASTRUCHO.

Muestra á ver: (Muestrasela.)
abre amiga de mis ojos,
y estos enojos
se queden luego á una parte,
que quiero darte

barato de una ganancia
de importancia,
que agora en la soldadesca
en cierta gresca,
acabo de hacer mui grande.

TEODORA.

No lo mande,
ni lo quiera mi desdicha,
si por dicha
hablas como sueles,
perro, que ese yerro
está en mi carne enseñado.

CASTRUCHO.

Pierde cuidado,
que te quiero como á mi,
abre aqui,
y el diablo me lleve, amen,
si tan bien
te hubiera hablado jamas:
no haya mas,
dáme esa mano de amiga,
y nadie diga
que entre los dos hai pendencia,
que en mi conciencia
que me debes amistad.

TEODORA.

Si es verdad
lo que juras, yo abriré.

CASTRUCHO.

Si en buena fé:
abre tia por tu vida,
si estás vestida,
y sino, ponte el manteo,
que ya deseo
darte de lo que he ganado.

TEODORA.

Ya has jurado,

ahora sus, quiera creerte,
que de otra suerte
no me atreviera á bajar.

CASTRUCHO.

Que es jurar,
cuando has visto juramento
con buen intento
en hombre de vida airada,
vieja honrada
abre, sota, abre pelota,
cuello de bota,
que á fé que pienso ponerte
de tal suerte
que escarmientes de burlarme,
y de mirarme
te quedes temblando, y muerta.

TEODORA.

Ya está, Castrucho abierto,
no eres tuerto
entra hijo de mis ojos,
no haya enojos
dame aquestos brazos.

CASTRUCHO.

Toma,
vieja Mahoma.

TEODORA.

¡Que me mata! ¡ai que me ha muerto!

CASTRUCHO.

Ya has abierto,
agora quéjate al viento.

TEODORA.

¿Y el juramento?

CASTRUCHO.

No hai juramento.

TEODORA.

¡Ai tridor!

ruego al señor,
que no te logres, amen.

CASTRUCHO.

Está bien,
que maldicion de puta vieja,
como dice la conseja,
por do sale, por alli entra.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

DECORACION DE CALLE.

ESCENA PRIMERA.

Escobardillo y Lucrecia

Escobardillo.

Holgádome he de toparte
Beltran, ¿donde vas perdido,
que desde ayer, me has traido
hecho un loco por hallarte?
Envióme mi señora,
que anoche dados las once
quebré una aldaba de bronce
por despertar á Teodora.
Que saliendo á dormir fuera,
y acompañada contigo,
volvió dada al enemigo
fingiendo una gran quimera.
Qne dice, que unos ladrones,
por ser el alferez ruin,
le dieron mucho botin,
y á ti muchos bofetones.
Y que tiene por mui cierto,
pues el alferez huyó,
que algun ladron te mató.

Lucrecia.

Bien sabe que no estoi muerto.
A Dios amigo Escobar,
¿quién pudiera hablar contigo?

ESCOBARDILLO.

¿Qué dudas Beltran amigo?
¿qué tienes que me fiar?
Dime lo que es, por tu vida,
que soi mas noble que piensas.

LUCRECIA.

Si este mi amor recompensas,
cree que es deuda debida;
que te he cobrado aficion,
y tanta, que en esta parte,
aunque temo, quiero darte
las llaves del corazon.

ESCOBARDLLO.

Si á hacer aquesto conmigo
de sola aficion te mueves
cree Beltran que me lo debes,
y que el alma te obligo.
Que entre amigos no se cubren
y cuando se quieren bien
sin trato, es porque se ven
los pechos que se descubren.
¿Qué tienes por vida tuya?

LUCRECIA.

Sabe que Fortuna ayer
su aficion me dió á entender.

ESCOBARDILLO.

Condicion lijera es suya.

LUCRECIA.

Y anoche hicimos concierto
para podernos gozar,
que la habia de llevar
á la marina del puerto.
Consentilo por hacer
que con don Jorje no fuese.

ESCOBARDILLO.

¿Tienes algun interes

con don Jorje?

LUCRECIA.

Un buen querer.
Al fin le dió cantonada,
y á una casa me llevó,
donde á los dos recibió
una buena vieja honrada.
Luego los brazos traviesos,
llamándome un angel bello,
me echó mil veces al cuello,
y pensó comerme á besos.
Pero cierta ocupacion,
la color como de gualda,
me hizo volver la espalda
á la amorosa ocasion.
Fuíme, déjela, y sospecho
que cansada de esperar,
se volvió á casa á acostar
con Castrucho, á su despecho;
y no he querido volver
de vergüenza de haber sido
adonde fui tan querido
tan flojo, y flaco en poder.

ESCOBARDILLO.

Tu vendrás á confesar,
que eres capon.

LUCRECIA.

No por Dios.

ESCOBARDILLO.

Ea, para entre los dos.

LUCRECIA.

Por Dios que puedo engendrar.

ESCOBARDILLO.

Pues habla si eres mujer,
que con otra estás hablando.

LUCRECIA.

¡Jesus!

ESCOBARDILLO.

La que estás mirando.

LUCRECIA.

Vive Díos que lo he de ver.

ESCOBARDILLO.

Cuando tu quieras podrás;
pero dime si lo eres.

LUCRECIA.

Que entrambas somos mujeres,
encubrillo es por demas.

ESCOBARDILLO.

Toca esa mano.

LUCRECIA.

Toquemos,
que á fé que nunca su toque
á mal pensar nos provoque.

ESCOBARDILLO.

Seguramente podemos.

LUCRECIA.

Este si, ¡que es toque franco!

ESCOBARDILLO.

Basta Beltranico, amigo,
¿qué pensó dormir contigo?

LUCRECIA.

Suerte ha sido: pero en blanco.

ESCOBARDILLO.

Cual quedaria la dama,
habiendo hechado tal sota.

LUCRECIA.

Como esos mares agota
el calor de quien bien ama.

ESCOBARDILLO.

¿Qué te trujo á este lugar
desde Milan?

LUCRECIA.

Un soldado
que la palabra me ha dado
de nunca me la guardar.

ESCOBARDILCO.

¿Y hasle hallado?

LUCRECIA.

Si.

ESCOBARDILLO.

¿Quién es?

LUCRECIA.

Reiraste si te lo digo:
don Jorje.

ESCOBARDILLO.

Dios me es testigo
que me pesa que lo estés.
Pero mi pleito condeno,
pues otro me trujo á mi
que una noche que le ví
esa me dejó al sereno.
Bien puedes quererme mas,
que don Jorje es sarjento.

LUCRECIA.

Mientes.

ESCOBARDILLO.

No pienses que miento,
dejemos burlas atrás.

LUCRECIA.

Es don Alvaro.

ESCOBARDILLO.

Es el mismo,
quién te dijo el nombre.

LUCRECIA.

Ayer
de ella lo vine á saber.

Escobardillo.

Ese es mi Cielo, y mi abismo.

Lucrecia.

Alto, pues nos parecemos
tanto en las vidas é historias,
males, bienes, penas, glorias,
de hoi mas nos comuniquemos.

Escobardillo.

Sea ansi, y á casa vamos,
¿mas que dirás á Fortuna?

Lucrecia.

¿Faltará mentira alguna,
si entre las dos la trazamos?
Ya voi de eontento loca.

Escobardillo.

Con mas razon lo voi yo;
Beltran silencio.

Lucrecia.

Pues no.

Escobardillo.

Toca aquesa mano.

Lucrecia.

Toca. (Vanse.)

ESCENA II.

SALA DE CASA DE TEODORA.

Fortuna, Teodora y D. Rodrigo.

D. Rodrigo.

Como digo, señora, me ha mandado
que á su jardin aquesta tarde os lleve,
que por fama de vos está prendado.
Y pues á tan gran príncipe le mueve,

como es el jeneral, solo la fama
de esta correspondencia se le debe.

FORTUNA.

Madre, ¿qué, el jeneral me quiere, y ama?

TEODORA.

Si hija, que le he dicho como eres
gallarda, principal, y hermosa dama.
Mira, que ni te espantes, ni te alteres
de ver su gravedad, y no te esquives
si te quisiere dar para alfileres.
Dile discretamente como vives,
con la necesidad que no mereces,
que sabes leer, y que tambien escribes.
Dile que eres mas noble que pareces,
no te levantes mucho del asiento,
y si te levantares, no tropieces.
Come algun buen olor para el aliento.
no hagas de suerte que te tenga en poco,
y si te convidare al instrumento,
danza rogada diestramente, y poco;
y cuando llegue á la amorosa danza,
alli es el ceño, y el melindre y coco.
No rompa luego en alegando lanza,
cuéstele su trabajo, sude, llore,
que eso es gustoso, lo que mal se alcanza.

D. RODRIGO.

¿Habeis hablado?

TEODORA.

Si, porque decore
la crianza y respeto dé hombres tales,
porque mas le convenza y enamore.

D. RODRIGO.

No he visto estremos en mi vida iguales,
de mucha fealdad, y de hermosura.

TEODORA.

No me contento con tres mil reales.

D. Rodrigo.

Sino fuera tan vil descompostura,
siendo tercero saltear la dama
probara con mi resto la ventura,
mas gocela esta vez el que la llama,
que yo haré despues que se me venga
del jardin, y sus brazos á mi cama.
¿Qué curso puede haber que no detenga
una presa macíza de dinero,
ó que arruinada casa, que no tenga?
Por ser mi jeneral no soi primero
que aun en esto le guardo su decoro.

Teodora.

El maese de campo es caballero,
y me dijo que estabas como un oro:
hija sabe vivir, si algo te pide,
en pagando la entrada corra el toro.

Fortuna.

Si con mis fuerzas y salud se mide,
madre, tanto acudir á libertades,
quien mucho carga la salida impide.

Teodora.

Mocedades, Fortuna, mocedades,
tengo de hacerte otro sermon Fortuna,
¿cuando querrás agradecer verdades?
Todas estas lo maman en la cuna
sin que conozcan de su edad el oro,
vete, y no me repliques importuna,
vistete luego necia ¿lloras?

Fortuna.

Lloro.

Teodora.

¿Qué lloras?

Fortuea.

Aquel pobre pajecillo,
que era para estas cosas un tesoro.

Teodora.

Habránle muerto.

FORTUNA.

No me maravillo:
recíbele mui bien, si vuelve á casa,
¿qué me mandas vestir?

TEODORA.

El amarillo.
Señor maese de campo, mientras pasa
de tocar y vestir una hora corta,
que poco el sol en este tiempo abrasa,
que á pasear se salga nos importa.

D. RODRIGO.

¡Jesus! de mil amores, aqui aguardo.

ESCENA III.

Dichos, menos don RODRIGO.

TEODORA.

Hija escucháme atenta.

FORTUNA.

Madre acorta.

TEODORA.

Lleva ese cuerpo tieso, y mas gallardo;
graves los ojos, cosete la boca,
¿qué bajos llevas?

FORTUNA.

El manteo pardo.

TEODORA.

¿Perfumastes las faldas?

FORTUNA.

Y la toca,
todo parece almizcle.

TEODORA.

Eres de perlas,
una curiosidad mucho proboca.

FORTUNA.
Las ligas llevo que es vergüenza verlas.

TEODORA.
Cuales ¿ las verdes ?

FORTUNA.
Sí.

TEODORA.
Ponte las rojas

FORTUNA.
Aun no pudimos acabar de hacerlas.

TEODORA.
Calla necia ¿ de aqueso te congojas ?
esas piernas habrán menester galas ,
que sean tuertas , flacas , negras , flojas .
yo creo que de vicio te regalas ,
ven , y pondréte al cuello la bolsilla.

FORTUNA.
No me des por tu vida cosas malas,

TEODORA.
¿ Y qué sabes tu de eso rapazilla ?
con sola la hermosura se enamora.

FORTUNA.
¿ Adonde está Castrucho ?

TEODORA.
Por la villa ,
no tengas miedo de que viva una hora (Vanse)

ESCENA IV.

Don JORJE y CASTRUCHO.

CASTRUCHO.
No hai para que amenazarme ,
ni ponerme daga al pecho ,

que parece que lo has hecho,
don Jorje, por no pagarme,
¿que yo te he engañado dices?

D. JORJE.

¿Quién sino tu?

CASTRUCHO.

Bueno es eso.

D. JORJE.

Estoi por perder el seso,
y quebrarte las narices.
Bellaco hablador, no sabes,
¿que á los tres nos has revuelto?

CASTRUCHO.

Creo que el diablo se anda suelto.

D. JORJE.

¡Burla á tres hombres tan graves!
¿No dijiste, que el sarjento
por órden del capitan
me quiso dar soliman?

CASTRUCHO.

En eso es verdad que miento,
mas no veis que soi burlon,
y me tienen por gracioso.

D. JORJE.

Hide puta, mentiroso,
estício, infame, fanfarron.
Si no fuera por manchar
de tan vil sangre la espada,
te diera una cuchillada.

CASTRUCHO.

Mejor estará por dar,
y mas que yo la recibo
como si ya la tuviera,
que puesta en mi rostro fuera
como señal de cautivo.
Sellame príncipe, dame,
abollame aqueste rostro

que humilde á tus pies me postro.

D. Jorje.

¡Que propia humildad de infame!

Castrucho.

Que me la des te requiero,
que de mano tan honrada
mas vale una cuchillada
que de otra mucho dinero.
Mi buen deseo te obliga
y aunque tu valor repara
haz de suerte que esta cara,
don Jorje, me *fecit* diga.

D. Jorje.

¿Quién á noche me llevó
á Fortuna cuando iba
conmigo?

Castrucho.

En galeras viva
si fui en quitártela yo.
Ese traidor don Rodrigo.

D. Jorje.

Quien ¿el maese de campo?

Castrucho.

Fse mismo corre el campo
y es tu mayor enemigo.

D. Jorje.

¡Como!

Castrucho.

Quiero declararte
lo que un sujeto acomete,
que es del príncipe alcahüete
y principal por su parte.

D. Jorje.

¿Pues conoce el jeneral
esa dama?

Castrucho.

Pese á mi.

Conocela como á ti.

D. Jorje.

Eso no por Dios, no hai tal,
conocerla bien podrá,
pero en modo diferente.

Castrucho.

Hablándote claramente
ahora la lleva allá,
que antes que subiese arriba
habló conmigo á la puerta,
y esta tarde se concierta
gran jira.

D. Jorje.

Todo lo priva.
El es gran competidor;
pero quiérole avisar
que le tengo de matar
como á bellaco hablador,
si esta noche no me trahe
á Fortuna que la goce
antes que toquen las doce.

Castrucho.

Brava maldicion me cae.
Pero no tengas temor,
que yo te doi la palabra
que saltando como cabra
llame á tu puerta, señor.
Y digo, que si no fuera
verdad, que con esa espada
me des una cuchillada
donde mejor me estuviere.

D. Jorje.

Ahora bien, pues quede ansi.

Castrucho.

Ansi queda, vete: á Dios.

D. Jorje.

¿Cumpliráslo?

CASTRUCHO.
Por los dos.

D. JORJE.
Sino, guárdate de mí.

CASTRUCHO.
Vive Dios, que sino fuera
por alborotar el brazo,
que te diera un cintarazo.

D. JORJE.
¿Qué dices?

CASTRUCHO.
Que te sirviera.

ESCENA V.

CASTRUCHO solo.
Sin que me hicieras agravio,
vaya con Dios, el gallina,
que habla detras de la esquina:
de puro coraje rabio.
Todos estos mozalvitos
que no han pasado fortunas,
cojen á un hombre en ayunas,
cuando ellos están ahitos.
No saben lo que es llevar
cólera el hombre cortada,
agora si, pesia á nada,
estoi por ille á llamar.

ESCENA VI.

CASTRUCHO Y D. ALVARO.

CASTRUCHO.
Este es, ¡ há, pléguete diez!
¿por dónde podré escaparme?

D. Alvaro.

¡Há! ya no podrá burlarme,
el fanfaron esta vez.

Castrucho.

Otra es esta, pese á mí;
tras el relámpago el rayo.

D. Alvaro.

¡O mi señor papagayo,
de los mas lindos que ví!
¿cómo va de hablar?

Castrucho.

Mui bien,
á servicio de los buenos.

D. Alvaro.

No os ireis de esta á lo menos.

Castrucho.

Vivais mil años, amen.
Pues bien, príncipe, ¿qué hai?
¿que se suena del intento
del emperador?

D. Alvaro.

Que viento: (Mete mano.)
aguarde picaron.

Castrucho.

¡Ai, ai!

D. Alvaro.

De solo mirar la espada
lloras y tiemblas.

Castrucho.

Pues no,
si he sido la causa yo
de que esté desenvainada.
Pues por ser tan mal cristiano
quiere desangrar mis poros,
espada que contra moros
relumbrar suele en tu mano;
que hazañas con ella has hecho
en medio de esa campaña,

que de tu sangre se baña,
ea ven, pásame el pecho.
Tales grandezas escucho
de tus brazos, que es mui bien
que á tí la gloria te den
de haber muerto á Castrucho,
cuanto mas, que si es la dama
que deseas, es la ocasion
de hacer esta sinrazon,
irá esta noche á tu cama,
que yo la tengo mandado,
que á nadie palabra dé,
y esta noche la pondré
con esta mano á tu lado.

D. Alvaro.

¿Dásme la palabra de eso?

Castrucho.

Pena de una cuchillada
de trece puntos bien dada,
que traspase carne y hueso.

ESCENA VII.

Dichos y D. Hector.

D. Alvaro.

El capitan viene aqui
y te ha de pedir lo mismo.

Castrucho.

Antes me trague el abismo
que le dé segundo, sí.
Mas no te vayas, que quiero,
pues por tí no se la doi,
que me libres.

D. Alvaro.

Aqui estoi.

D. Hector.

¿Aqui estais vos caballero?

D. Alvaro.

Déjele vuesa merced,
que es un pobreto.

Castrucho.

Si, cierto,
y no hai que matar un muerto
de hambre, cansancio y sed;
necesidad me ha traido
á andar en aquestas cosas.

D. Hector.

Ellas son harto graciosas:
buena trama habeis urdído.
El diablo la desenrede,
sino es que vos la corteis,
que segun la revolveis,
injenio de hombre no puede.

Castrucho.

No hai que cortarme á mi nada,
que yo estoi presto, y á punto
para......

D. Hector.

Oidme el punto.
¿Dónde está la dueña honrada?

Castrucho.

Hilando la dejé agora
uno de estos copos grandes
que llaman pichel en Flandes.

D. Hector.

¿A quién?

Castrucho.

La vieja Teodora.

D. Hectot.

No os digo sino su hija.

Castrucho.

Esa ayer te fue á buscar,
pero púdolo estorbar

cierto juego de sortija,
de quien ha sido el padrino
don Rodrigo, y el ahijado
el jeneral, que ha tomado
los puertos de este camino.
No tienes que hacerme mal
que ahora el sargento y yo,
como aqui se concertó
matamos al jeneral.
Digo que los dos iremos
á tu casa aquesta noche,
y á caballo, á pie ó en coche,
á Fortuna llevaremos.
Que él por la jente de guarda
que don Rodrigo tendrá,
dice que espaldas hará
con su escuadra y alabarda. (*)

D. HECTOR.

¿Es lo que dice esto asi
y que vos la llevareis?

D. ALVARO.

Verdad es, si vos quereis;
y sino perdono el sí.

D. HECTOR.

¿Qué en efecto irá con vos?

D. ALVARO.

Irá como vos querais.

D. HECTOR.

Mucho en eso me obligais;
pues alto, Castrucho, á Dios.
Señor sarjento, allá espero. (Vase.)

ESCENA VIII.

D. ALVARO.

No he entendido aquesto bien.

(*) Don Alvaro está desviado.

¿No dijo que á mi me den
la dama?

CASTRUCHO.

Pues no, el primero,
¿pues entendiste otra cosa?

D. ALVARO.

Dijo que allá me esperaba.

CASTRUCHO.

Sí, á cenar te convidaba.

D. ALVARO.

Hai ocupacion forzosa.
Mucho debo al capitan,
pues luego se fue de aqui.

CASTRUCHO.

No es mucho dártela á ti,
siendo el primero galan.

D. ALVARO.

Aun no lo digo por eso.

CASTRUCHO.

Pues porque.

D. ALVARO.

Porque juraba
de darte, si te encontraba,
las gracias del buen suceso.

CASTRUCHO.

¿Qué gracias?

ALVARO.

Dos cuchilladas.

CASTRUCHO.

Bravamente me escapé. (Ap.)

D. ALVARO.

¿Qué dices?

CASTRUCHO.

Que á un turco dé
esas gracias tan pesadas.
Ahora bien, vete con Dios,

que á la hora que te digo
será Fortuna contigo.

D. ALVARO.
Esa nos valga á los dos.
Porque donde aquesa falta,
todo es trabajo, Castrucho.

CASTRUCHO.
Yo sé que la quieres mucho.

D. ALVARO.
¿Al fin la traerás?

CASTRUCHO.
Sin falta. (Vase.

ESCENA IX.

CASTRUCHO, solo.

Bueno quedo á gran poder
de un miedo, al fin de morir,
¿cómo tengo de acudir
á tres con una mujer?
necio he sido en concertallos
para un mismo punto y hora;
pero valdrame Teodora,
que sabe enfrenar caballos.
Dos mozos tengo, que son
Escobardillo, y Beltran,
en el talle y ademan
de mujeril condicion.
A estos dos les vestiré
como mujeres, y luego
á uno y otro amante ciego
la palabra cumpliré
que el capitan, ya yo tengo
una vieja que le dar
que la sabrá regalar,
pues alto, en que me detengo.

Solo este engaño ha de ser
el que me ha de remediar,
mas bueno será pensar
lo que puede suceder.
Pero alarguemos el paso
y la aventura se intente,
que nunca es hombre valiente
el que mira el fin del caso. (Vase.)

ESCENA X.

DECORACION DE JARDIN.

D. RAMIRO, D. RODRIGO Y FORTUNA.

D. RAMIRO.

Digo que es pieza de rei,
y que me agrada en estremo.

D. RODRIGO.

Que se ha enamorado temo;
¡ó villano amor sin lei!
Si la quiere como muestra,
sin ella vengo á quedarme.

D. RAMIRO.

Basta, mi bien, á abrasarme
la menor perfeccion vuestra;
que vuestro jentil donaire
mas que el amor con sus tiros,
me obliga á que con suspiros
encienda mi pecho el aire.
De vos aqueste jardin
ha hecho una bestia hermosa,
hurtando el color la rosa,
y la blancura el jazmin.

D. RODRIGO.

Rematado está por Dios.

FORTUNA.

No hai obligacion que mande

que me hagais merced tan grande.

D. Ramiro.

Esto y mas se os debe á vos.

D. Rodrigo.

Esto, y mas merezco yo,
pues pudiendo ser primero,
gozar como necio quiero,
lo que otro desechó.

D. Ramiro.

Quien os trujo á aquesta guerra.

Fortuna.

Un hombre, á mas no poder,
que con nombre de mujer
me ha sacado de mi tierra.

D. Ramiro.

¿Y está en el lugar el hombre?

Fortuna.

Si señor.

D. Ramiro.

¿Pues es soldado?

Fortuna.

En aventurero ha dado,
no le conozco otro nombre.

D. Ramiro.

¿Es hidalgo?

Fortuna.

Es bien nacido.

D. Ramiro.

Bien le debes de querer.

Fortuna.

Ya señor, ¿qué puedo hacer
despues de ser mi marido?
aunque no tengo esperanza,
que la palabra ofrecida
se verá jamas cumplida

D. Ramiro.

No perdais la confianza
que yo me ofrezco, si puedo;
y si creo que podré,
hacer que la mano os dé
y por fiador suyo quedo.

Fortuna.

Besoos las manos, señor,
por bien tan alto, pues es,
el de mayor interes,
y de mi bien el mayor.
Vuestro valeroso nombre
de hoi mas en el alma estampo.

D. Ramiro.

¡Ola maese de campo!
hareisme llamar ese hombre.

D. Rodrigo.

¿Quieres ser casamentero?

D. Ramiro.

Quiero en aquesta ocasion
pagarle la obligacion
que de esta venida espero.

ESCENA XI.

Los precedentes y un paje.

Paje.

Aqui ha venido ahora el duque Enrico,
que de parte del Cesar viene á hablarte.

D. Ramiro.

Nora mala vengais.

D. Rodrigo.

Mas norabuena.

D. Ramiro.

Nunca falta un azar.

D. Rodrigo.

Para mí ha sido
el mas felice y mas dichoso encuentro.

D. Ramiro.

Entretenedme don Rodrigo un poco
esta dama jentil, mientras despacho
este prólijo y enfadoso duque:
¿no dije yo rapaz que me negasen?

Paje.

Sabia ya que estaba su esceléncia
desde aquesta mañana en este huerto;

D. Ramiro.

No recibais enojo, que ya vuelvo.

ESCENA XII.

D. Rodrigo, Fortuna, y el Paje.

D. Rodrigo.

A gran ventura he tenido,
que á solas nos han dejado,
mi alma, con vuestro olvido,
para ver si mi cuidado
despierta vuestro sentido.
¿Habeis conocido acaso
lo que por vos sufro, y paso?
¿no me habeis visto en los ojos,
los celos, rabias y enojos,
en que esta tarde me abraso?
¿no veis mi arrepentimiento.
de haberos traido aqui?

Fortuna.

Veo vuestro sentimiento;
pero ya nó hai fuerza en mí
que venga vuestro tormento,
quien lo tuvo, y tiempo aguarda,
y viendo la ocasion tarda
pues que no merece silla,
como dicen en Castilla.

D. Rodrigo.

Ya entiendo: merezco albarda.
Pero pues sabeis quien soi
cuando hayais muerto la llama
de este á quien sujeto estoi,
¿ no vendreis conmigo dama
á cierto jardin que voi?

Fortuna.

Como mi madre lo quiera,
y vamos donde me espera:
con su licencia iré cierto.

D. Rodrigo.

Pues alto, quede el concierto
firmado de esa manera.
Dadme la mano.

Fortuna.

Tomad.

D. Rodrigo.

Serviros de esta cadena,
en prenda de esta amistad.

Fortuna.

Creed señor, que encadena
la vuestra á mi voluntad.

D. Rodrigo.

Este paje nos ha visto,
que nunca un testigo falta.

Fortuna.

A fé que es agudo y listo.

D. Rodrigo.

El se lo dirá sin falta,
con su señor me enemisto.
Hernandico.

Paje.

¿Qué me mandas?

D. Rodrigo.

Como en aquesta ocasion.

sin juego y dinero andas,
toma, juega este doblon;
salte á fuera á las barandas.

PAJE.

Vivas, príncipe, mil años.

ESCENA XIII.

D. RODRIGO Y FORTUNA.

D. RODRIGO.

La soldura de los daños
dicen, que es el interes.

FORTUNA.

Y el silencio dicen que es,
de las mentiras y engaños.

ESCENA XIV.

Los mismos y D. RAMIRO.

D. RAMIRO.

Ya queda aquel prólijo despachado,
por vida mia, al cenador entremos,
para que os vais despues de haber cenado,
que mas despacio quiero yo que hablemos,
y don Rodrigo quedará avisado
cuando tendré lugar.

FORTUNA.

Siempre estaremos.
mi madre, y yo esperando que nos mandes.

D. RODRIGO.

¡O que bien se negocia, no hai mas Flandes!

ESCENA XV.

Decoracion de plaza.

D. Alvaro, solo.

Ya son cerca de las nueve,
y no cumple este Castrucho
la palabra que me debe:
¡ó como el que espera mucho,
juzga largo, el tiempo breve!
Llegarme quiero á la puerta.
por mi vida que está abierta;
¡Ola! ¿á quien digo?

Castrucho.

¿Quien es?

ESCENA XVII.

Don Alvaro y Castrucho, que asome la cabeza á la puerta de la casa de Teodora, y poco despues Escobardillo.

D. Alvaro.

El sarjento, ¿no me ves?

Escobardallo.

Ya te esperaba cubierta.

D. Alvaro.

Dame señora esa mano.

Castrucho.

¿Estais contento?

D. Alvaro.

¿Pues no habia?

ca, á Dios, Castrucho hermano. (*)

CASTRUCHO.

Antes que amanezca el dia
descubrireis el pantano.
Ya viene otro aventurero
á la red, como el primero.

ESCENA XVIII.

CASTRUCHO y don JORJE.

D. JORJE.

Ellos son hombre y mujer,
cosa que viniese á ser
segunda vez majadero.
A esta hora me mandó
Castrucho, venir aquí,
?si es que al sarjento la dió?
llamaré.

CASTRUCHO.

¿Quien está ahi? (*)

D. JORJE.

¿No me conoces?

CASTRUCHO.

¿Quién?

D. JORJE.

Yo.

CASTRUCHO

¿Es don Jorje?

D. JORJE.

Si.

CASTRUCHO.

Pues lleva

(*) Vase don Alvaro y Escobardillo.
(*) Asómase como antes Castrucho.

tu dama.

D. Jorje.

¿ De veras ?

Castrucho.

Si.

ESCENA XIX.

Dichos y Lucrecia vestida de mujer, y cubierta.

Lucrecia.

Veisme aquí.

Jorje.

No hai mas que os deba.
Vamos, mi bien, por aquí.

Castrucho.

Allá os aguardo á la prueba.
Solo falta el capitan.

ESCENA XX.

Castrucho y don Hector.

mas ya, cómo en cebo dan,
tambien acude á la red:
lléguese vuestra merced,
¿ qué digo ? ah, ¡señor galan!

D. Hector.

¿ Es Castrucho?

Castrucho.

No me vé.

D. Hector.

¡ Como ! ¿ el sarjento no vino ?

Castrucho.

¿ El sarjento, para qué ?

tu dama sale al camino,
que el otro á buscarte fué.

ESCENA XXI.

Los mismos y Teodora, con manto tapada.

D. Hector.

¡O gloria del alma mia!
Castrucho, no hai que esperar:
Veamonos, cierto, otro dia.

Castrucho.

La vieja lleva á acostar,
¡qué graciosa niñería!
Ellos van bien despachados,
pues van todos tres burlados:
por Fortuna quiero irme,
y esta noche prevenirme
de confesar mis pecados. (Vase.)

ESCENA XXII.

Don Ramiro, el Paje, y acompañamiento.

D. Ramiro.

¿Qué, eso me cuentas, y al fin quedaron
concertados de verse aquesta noche,
y una cadena le ha dejado en prendas?

Paje.

Escelente señor, aquesto pasa,
y á mí, porque callase me taparon
con un doblon la boca, de la suerte
que con Festion el sello de Alejandro....

D. Ramiro.

¡Qué tenga don Rodrigo atrevimiento
para emprender lo que tan claro sabe

que puede resultar en mi disgusto,
y que sabiendo que el lugar no ha dado
tiempo para gozar de aquesa dama,
aquesta noche misma se la lleve,
y piense estar con ella á pesar mio?
¡Ola!

PAJE.

Señor.

D. RAMIRO.

En punto de las nueve
haced que toquen á rebato, y sea
finjida con secreto un arma falsa,
que quiero hacer que salga de su cama,
y deje la mujer á su disgusto,
que en tanto que viniere á ver que es esto,
yo haré que dos soldados se la quiten.

PAJE.

Todo se hará, señor, como lo mandas.

D. RAMIRO.

De mucho atras estamos encontrados,
que no se ofrece lance que no piense
que solo con su azar puede matarse.
Tóquese alarma luego, al punto, ¡ola!
sea secreto, y una vez tan sola.

ESCENA XXIII.

Don RODRIGO y FORTUNA.

FORTUNA.

En deuda os estoi mui grande
por acompañarme ahora.

D. RODRIGO

Basta el ser vos mi señora,
cuando el amor no lo mande.
De vuestra madre he querido
tomar, señora, licencia

para aquesta breve ausencia,
y por daros gusto ha sido,
que no sufriera la fuerza
del amor, que os tengo tanto,
sino ver al alma cuanto
vuestra esperanza la esfuerza.

FORTUNA.

Sin mi madre no dispongo
de estas cosas, aunque puedo,
que como la tengo miedo,
toda en sus manos me pongo.
Vuesa merced me perdone,
y lleguemos á su casa.

D. RODRIGO.

Todo este tiempo que pasa.
en mayor fuego me pone;
porque tan gran dilacion,
por hacer mayor el bien,
podrá matarme tambien
antes de ver la ocasion.

FORTUNA.

¿Tan enamorado estais?

D. RODRIGO.

Vos misma lo juzgareis,
cuando al espejo mireis
los ojos con que matais.
Digo que estoi como un loco.

FORTUNA.

¿Tan presto? guárdeme Dios.

D. RODRIGO.

Para perderse por vos,
el haberos visto es poco.

FORTUNA.

Salgamos de aquesta plaza,
que hai soldados por aqui.

D. RODRIGO.

Dirá vuestra madre, sí.

FORTUNA.

Como saliere la caza,
Porque es mas interesable
que si en Jerona naciera,
y sin interés, no hai fiera
tan dura é inecsorable.

D. RODRIGO.

En eso consiste el bien
que el alma espera de vos.

ESCENA XXIV.

Los precedentes y CASTRUCHO.

CASTRUCHO.

Digo que son estos dos.

D. RODRIGO.

¿Quien va allá?

CASTRUCHO.

Un amigo.

D. RODRIGO.

¿Quien?

CASTRUCHO.

Castrucho.

D. RODRIGO.

Venga en buen hora.

FORTUNA.

¿Pues Castrucho, qué hai de nuevo?

CASTRUCHO.

Las malas noches que llevo
por esta vieja Teodora.

FORTUNA.

¿Como así?

CASTRUCHO.

Fuese de casa.

D. RODRIGO.

En efecto, no está en ella;
oyó el amor mi querella
desde el fuego que me abrasa.
No hai para que nos cansemos,
á mi alojamiento vamos. (*)
¡Paso! ¡deteneos! ¡oigamos!

CASTRUCHO.

Oid.

FORTUNA.

¿De qué haceis estremos?

D. RODRIGO.

Al arma tocan por Dios;
¡Oh pesar de mi linaje!
ó he de hacer á mi honra ultraje,
ó he de perderos á vos.
Pero no os quiteis de aquí,
que yo sabré lo que es esto;
Castrucho, guardame el puesto.

CASTRUCHO.

Fiad la posta de mí.

ESCENA XXVI.

CASTRUCHO, FORTUNA, y soldados en la plaza.

FORTUNA.

No sabe con quien me dejo.

CASTRUCHO.

Ni aun tu lo puedes saber:
¿qué has ganado desde ayer?

(*) Tocan dentro una caja, y se oyen voces que dicen ¡arma! ¡arma!

FORTUNA.

Preguntaselo á la vieja,
no estoi en tiempo que pueda
sufrir infamias tan grandes.

CASTRUCHO.

¿Pues qué, no corre hasta Flandes
de nuestro rei la moneda?
He de asentalla los cinco.

FORTUNA.

Estate quedo bellaco.

CASTRUCHO.

¿Qué te han dado?

FORTUNA.

Ya lo saco.

CASTUCHO.

¡Que bien la lanza la hinco!

ESCENA XXVI.

Dichos y don ALVARO.

D. ALVARO.

Soldados, ea, ¡alarma!
á la plaza, pese á mí;
¿qué hacen parados aquí,
que todo el mundo se arma?

CASTRUCHO.

Tápate.

FORTUNA.

Ya estoi cubierta.

CASTRUCHO.

¿Es el sarjento?

D. ALVARO.

Yo soi.

CASTRUCHO.

¿ Donde bueno?

D. ALVARO.

A acudir voi
al arma que nos dispierta.
¡ Ha Castrucho, y á qué tiempo
me levanto de la cama!

CASTRUCHO.

¿ Pues que gozaste la dama ?

D. ALVARO.

Con gran gusto y pasatiempo.

CASTRUCHO.

¡Oh pese á quien me parió!
¡Oh bellaco Escobardillo!
¡vive Dios que he de decillo
á la justicia! eso no.
¿ Con el muchacho ?

D. ALVARO

¿ Qué dices ?

CASTRUCHO.

Yo me entiendo, y tu me entiendes

D. ALVARO.

¿ De lo que digo te ofendes ?

CASTRUCHO.

Quemado hasta las raices.

ESCENA XXVII.

Los mismos, don JORJE y don HECTOR.

D. HECTOR.

Pasad delante, y juntad
la escuadra de vuestra jente.

D. JORJE.

¿ Quién es ?

D. Alvaro.

¿ Quién va allá ?

D. Hector.

Detente.

D. Jorje.

Mui buen encuentro en verdad.
¡ El sarjento con Castrucho!

D. Hector.

Castrucho ¿ qué te parece
de la ocasion que se ofrece ?
Ahora lo poco es mucho ,
bien me pareció la dama.

Castrucho.

¿ Pesia tal : ya la gozaste ?

D. Jorje.

¡ Como ! ¿ tambien le ocupaste ?

Castrucho.

¿ Y adonde queda ?

D. Hector.

En la cama.

Castrucho.

¡ No digo yo que es Teodora
hechicera hasta no mas!
y tu don Jorje ¿ no has
gozado de tu señora ?

D. Jorje.

¿ Teniendo yo lo mejor
habia de estar en eso ?
¿ no soi tan mozo y travieso
como cualquier amador ?

Castrucho.

Otro bellaco tenemos ,
¿á Beltran no te entregué ?

D. Jorje.

Con mis ruegos la cansé ,

con mis suspiros y estremos.

CASTRUCHO.
¿Pues no habia de defenderse?
¡pesar de quien me parió!
¡que en efecto le forzó!
vive Dios que ha de saberse.

D. HECTOR.
¿Como es esto? estamos todos
acomodados de dama.

D. ALVARO.
La mia dejo en la cama,
y aun á fé que es de los godos.

D. JORJE.
Yo tambien dejo la mia.

D. HECTOR.
Y yo la mia por Dios.

D. ALVARO.
¿Adonde hallaste otras dos,
Castrucho?

CASTRUCHO.
En la herreria.

D. HECTOR.
¡Qué, Castrucho os dió las vuestras!

D. JORJE.
A mi á Fortuna me dió.

D. ALVARO.
A Fortuna tengo yo.

D. HECTOR.
Tres Fortunas son las nuestras
yo tambien tengo á Fortuna.

CASTRUCHO.
¡O que bien afortunados!

D. HECTOR.
Engaño es este soldados,
pues tenemos tres, y una.

D. Alvaro.

Asid á aquese picaño,
y vaya alguno por ellas.

D. Hector.

Pues sus, yo voi á traellas,
que sé que es vuestro el engaño (Vase.)

ESCENA XXVIII.

Los precedentes, menos D. Hector.

D. Alvaro.

Id volando, pese á tal,
que me tiembla el corazon.

D. Jorje.

¿Qué has hecho, infame ladron?

Castrucho.

Paso, nadie me haga mal,
que descrubriré la fiesta.

D. Alvaro.

¿Qué fiesta?

Castrucho.

Fiesta de fuego,
denme campo franco luego,
ó cantaré lo que resta.

D. Alvaro.

¿Qué has de cantar sentenciado?

Castrucho.

¿Luego Escobar y Beltran
no son las damas que han
el uno, y otro gozado?

D. Alvaro.

¿Yo á Escobar?

D. Jorje.

¿Yo á Beltranico?

D. Alvaro.

Que sea Escobar puede ser,
mas vive Dios que es mujer.

Castrucho.

De esa sentencia replico,
¿luego confiesas que has
hecho delito tan feo?

D. Jorje.

¿Yo á Beltranico? no creo
que pueda ser.

Castrucho.

Bueno estas,
que tambien pecaste tú.

D. Jorje.

Digo que es sin falta alguna
mujer, y que sea Fortuna
yo no lo afirmo.

Castrucho.

¡Jesú!
Dejénme que les importa,
ó daré voces al cielo.

D. Alvaro.

Matalle.

D. Jorje.

Estoi hecho un yelo,
saber lo que es, me reporta.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, D. Hector con Lucrecia, Brisena y Teodora cubiertas. D. Rodrigo, y D. Ramiro detras.

D. Ramiro.

En verdad, capitan, que es buena hora,
tu que al Hector de Troya te prefieres

de socorrer al arma guerreadora,
con una escuadra infame de mujeres,
¿adonde ibas, dí, villano ahora?
responde libremente, no te alteres,
¿donde las llevas? ¿do de? habla, comienza.

D. Hector.

Impideme, señor, cierta vergüenza,
para decir verdad, este soldado,
este Castrucho, este demonio de hombre,
al sarjento y alferez ha engañado,
y á un hombre de mis prendas y mi nombre,
por una, tres mujeres nos ha dado,
ríase su escelencia y no se asombre,
porque es el mas astuto y mas esperto
que tiene aqueste campo.

D. Ramiro.

¿Cierto?

D. Hector.

Es cierto.

D. Ramiro.

¿Eres tú aquel que trajo aquella dama?
que vino aquí desde Sevilla?

Castrucho.

El propio.

Yo soi Castrucho el bravo, cuya fama
vuela en el mundo, y no con nombre impropio,
al fin entre las cosas que derrama
de algunos libros que traslado y copio,
quiero poner la burla que se ha hecho
á tres hombres de tanto nombre y pecho.
Y así, si lo permite tu escelencia,
descubrir estas damas, si hai alguna.

D. Ramiro.

Para todo, Castrucho doi licencia

Castrucho.

Esta gozó don Hector el de Osuna, (*)

(*) Descubre á Teodora.

porque andando los tres en competencia,
sobre cual de los tres goza á Fortuna,
á dos muchachos y á esta vieja he puesto (*)
de la manera que lo ves.

D. Ramiro.

¿Qué es esto?

D. Rodrigo.

¿Estas mujeres son?

Escobardillo.

A tu servicio.
Yo soi Brisena, dama y española,
que siguiendo al sarjento he dado indicio
de aquesta voluntad única y sola,
como burlarnos es del hombre oficio,
allí en Valladolid donde enarbola
la vez primera su estandarte, dióme
palabra de marido, y deshonrome;
y en hábito de paje, por criado
de Castrucho, he venido de esta suerte,
donde con el vestido propio he dado
segunda fuerza al juramento fuerte.
Suplícote, señor, pues has llegado
á tiempo tal, si mi justicia advierte
tu gran valor, que pues que soi tan buena,
no quede sin marido en tierra ajena.

Lucrecia.

Eso mismo, señor, suplico y pido,
que con don Jorje, cuando el campo estaba
á vista de Milan, como á marido
comunique las prendas que guardaba;
Lucrecia soi, mi padre fué Leosido,
artillero mayor, de quien amaba
el Cesar tanto como sabes, muestra
tu gran valor, en darnos la honra nuestra.

(*) Descubre á Lucrecia y Brisena.

D. Ramiro.

Buen término por cierto de soldados,
dar palabra á mujeres tan honradas,
y dejar á sus padres deshonrados,
y á ellas juntamente deshonradas:
pero esta vez han de quedar casados,
y ellas de su valor galardonadas,
dénles las manos, yo lo mando y ruego,
ó por vida del rei los ahorcaré luego. (*)

Fortuna.

Ya que á todas, señor, las das marido,
aqui estoi yo tu esclava con Teodora.

D. Ramiro.

¡O señora, á buen tiempo habeis venido,
cumpliros quiero la palabra ahora:
Castrucho, informacion he tenido
de lo que le debeis á esta señora;
dadle la mano luego.

Castrucho.

En ello gano,
y pongo en vuestros pies mi boca y mano.

D. Ramiro.

Yo os doi en dote una jineta, y quiero
que seais capitan de infantería,
porque de un hombre tan astuto espero,
que se han de ver grandezas algun dia.

Castrucho.

La vuestra ha sido de tan gran guerrero:
el cielo cumpla la esperanza mia,
y acabe aqui porque tardamos mucho,
vida y costumbres del rufian Castrucho.

(*) Danse las manos los cuatro, y se descubre Fortuna.

FIN.